

INTERSEDES

REVISTA ELECTRÓNICA DE LAS SEDES REGIONALES DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA



Mural de colectivo artístico de Guanacaste

**El nacionalismo metodológico y el fin de la Pax Americana. Apuntes
metodológicos para la historia ambiental**

*Luz Mary Arias Alpizar
Oriester Abarca Hernández*

WWW.INTERSEDES.UCR.AC.CR
VOL. XI, N°22 (2010)
ISSN 2215-2458

El nacionalismo metodológico y el fin de la Pax Americana. Apuntes metodológicos para la historia ambiental

(Methodological nationalism and the end of Pax Americana. Methodological considerations on environmental history)

*Luz Mary Arias Alpízar*¹
*Oriester Abarca Hernández*²

Recibido: 22 setiembre

Aprobado: 25 octubre

Resumen:

El presente documento analiza la necesidad de superar el nacionalismo metodológico, en general, y sugiere la adopción de perspectivas teóricas y metodológicas estructurales para el estudio de la historia ambiental, en particular, frente a los retos que representan los radicales cambios históricos que se están experimentando. Consta de dos partes: la primera expone los puntos de vista de algunos autores sobre la situación de cambio histórico actual y la segunda examina el tema del nacionalismo metodológico y sugiere su superación por medio de métodos estructurales de análisis histórico, que pueden ser de utilidad para construir una historia ambiental que se integre en el más amplio panorama de la acción humana.

Palabras clave: nacionalismo metodológico, transdisciplinariedad, historia ambiental.

Abstract:

This paper analyses the need to overcome the methodological nationalism, in general, it suggests the adoption of structural theoretical and methodological perspectives for studying environmental history, in particular, meeting the challenges which represent the radical historical changes that are experiencing . It consists of two parts: the first presents the views of some authors on the current situation of historical change and the second examines the issue of methodological nationalism and suggests its improvement by means of structural methods of historical analysis, which can be useful to build an environmental history which suggests the broadest view of the human action.

Keywords: methodological nationalism, transdisciplinarity, environmental history.

¹ Docente e investigadora. Sede del Pacífico. Universidad de Costa Rica.

² Docente e investigador. Sede del Pacífico. Universidad de Costa Rica

Introducción

La creación de teorías y conceptos responde a las condiciones históricas en que surgen. Cuando estas condiciones cambian es necesario pensar también una transformación en las perspectivas epistemológicas y metodológicas. La división disciplinaria actual de las ciencias, así como muchos de sus supuestos básicos, responden al orden mundial del siglo XIX (*Pax Britannica*) y al de buena parte del siglo XX (*Pax Americana*) en que la sociedad mundial se organizó como un sistema internacional, con una separación entre mercado y estado. No es extraña, entonces, la naturalización del estado-nación como unidad de análisis y de praxis que desde entonces ha prevalecido.

El presente documento analiza la necesidad de superar el nacionalismo metodológico, en general, y sugiere la adopción de perspectivas teóricas y metodológicas estructurales para el estudio de la historia ambiental, en particular, frente a los retos que representan los radicales cambios históricos que se están experimentando. Consta de dos partes: la primera expone los puntos de vista de algunos autores sobre la situación de cambio histórico actual y la segunda examina el tema del nacionalismo metodológico y sugiere su superación por medio de métodos estructurales de análisis histórico, que pueden ser de utilidad para construir una historia ambiental que se integre en el más amplio panorama de la acción humana.

1.El nacionalismo metodológico

El estado-nación ha sido fundamental en los ámbitos organizativos y discursivos en los órdenes mundiales de los siglos XIX y XX. Un proceso mundial –el del capitalismo industrial– se presentó como nacional en prácticamente todos los ámbitos de la vida humana³. Los intelectuales orgánicos y las instituciones académicas se organizaron desde entonces según dicho modelo estadocentrista. Además, la división liberal entre mercado y estado tuvo su paralelismo en la división disciplinaria: economía por un lado y ciencias políticas y sociología por el otro, dieron

³ “Las sociedades eran sociedades estatales y el orden de la sociedad no era más que el orden estatal. Dentro de esos esquemas mentales e institucionales las sociedades modernas se convirtieron en sociedades individuales y delimitadas las unas respecto de las otras, pero recogidas como algo contenido dentro del espacio de poder de los estados nación. Además, este esquema de ordenamiento también se hacía valer en el interior de los estados, en cuyo espacio el control estatal creaba una homogeneidad interna mediante la regulación de la totalidad de las prácticas sociales: mercado de trabajo, producción, cultura, deporte, enseñanza e idioma, que quedaban acuñadas desde una perspectiva nacional. Así, se creaba una historia nacional, una lengua nacional, una economía nacional, una opinión pública nacional o una literatura nacional, entre otras” (Llopis Goig, 2007a, pp. 201-202). Incluso aquellos ámbitos y procesos ligados a los mercados mundiales, como las estructuras agrarias, eran tratados nacionalmente. Por ejemplo afirma McMichael (1998): “La cuestión agraria, como la mayor parte de los asuntos acerca de la trayectoria del desarrollo (capitalista), se trataba como una cuestión nacional de un proceso nacional... [pero] la cuestión agraria clásica era una interpretación nacional de un proceso global” (p. 3).

nacimiento a “*the social science trinity*” (en palabras de Taylor, 2000, p. 1111). Esta división cristalizó claramente, en términos teóricos y metodológicos, por ejemplo, en la concepción *weberiana* del Estado como un aparato político con una relación externa al mercado, en la que ambos, Estado y mercado, fueron tratados como esferas separadas e incluso opuestas, cada una con su lógica propia e independiente. El marginalismo también aportó a esta visión, al concebir la economía como una ciencia en apariencia libre de variables sociológicas y políticas⁴. Tal división tripartita fue complementada, con el nacionalismo metodológico, en el que el estado-nación se considera la unidad de análisis por antonomasia y el compartimento estanco de la realidad social⁵.

Esto indica un punto de partida mínimo: la posibilidad, como sugiere Schlosberg (2004), de que “las ciencias sociales, tal como se han desarrollado en los últimos 150 años, es decir, como una exploración sistemática de las implicaciones de la ‘modernidad’, tienen un sesgo eurocéntrico que se presta a discursos etnocéntrico-colonialistas, o por lo menos, sostienen un imaginario del triunfalismo europeo etnocéntrico presente desde el inicio de las ciencias sociales como proyecto intelectual” (p. 15). Para otros autores (Mignolo, Quijano), no hay duda sobre los alcances colonialistas de la ciencia convencional⁶.

La epistemología decimonónica hoy es puesta en entredicho, no solo por algunos académicos, sino por la realidad misma, que exige nuevas metateorías, teorías, modelos, y conceptos, dado que algunos fenómenos han hecho tan obvias las insuficiencias del viejo *esquema cultural*⁷, que un cambio parece inevitable –aunque quizá no ocurra en el corto plazo–, a pesar de la resistencia que a menudo presentan las ideas y las instituciones, como expresiones del *Establishment* y de sus grupos e individuos subordinados.

⁴ Parece una paradoja que “la teoría neoclásica del equilibrio, profesada para representar una lógica pura del mercado y su óptimo acerca del crecimiento económico, se formuló como una crítica del mercantilismo y de la noción de una economía nacional” (Makki, 2004, 151-152). Lo cierto es que la escisión mercado-estado, propendía a mostrar al primero como *atemporal* y *aespacial* (es decir, ahistórico), mientras el estado se construía como “nacional”. Son las dos caras de la misma moneda, es decir, de la ideología decimonónica que se presentó como un ciencia empírica cuando en realidad puede ser calificada más propiamente de metafísica, principalmente por las construcciones esencialistas sobre las que se basó: el *homo aeconomicus*, el mercado autorregulador, la nación, entre otras. Se fundamenta en “dogmas que deben ser abandonados... [y sustituidos por] un creciente interés en el contexto institucional de producción [así como por] un giro hacia el empirismo” (Sagoff, 1994, p. 285).

⁵ La influencia de este “complemento” se acentuó especialmente después de la II Guerra Mundial, y de manera muy marcada en la disciplina económica por influencia del keynesianismo.

⁶ Véase como ejemplo de esta posición el libro compilado por Castro-Gómez y Mendieta (1998) sobre “teorías sin disciplina”.

⁷ Hirshberg (1993) utiliza la noción de “esquema cultural” y la relaciona con otras como marco referencial, sistema de creencias o visiones de mundo. “Esquema cultural” es para dicho autor un marco cognitivo que determina cuáles estímulos se atienden, cómo se categorizan y cómo se evalúan las elecciones conductuales propias y ajenas.

Entre tales fenómenos es posible mencionar las migraciones internacionales, el deterioro ambiental mundial, la transnacionalización de la producción, los movimientos mundiales de capitales privados, los mercados electrónicos globales, las redes digitales, las ciudades globales, las nuevas clases globales, la emergencia de actores locales en la política global y la consolidación de nuevas formaciones sociales globales; todo lo cual muestra que se está produciendo una imbricación de escalas locales y globales por medio de procesos de creciente desnacionalización, en que los procesos globales logran desestabilizar las jerarquías centradas en el Estado-nación (Sassen, 2007). Ante esta realidad compleja se requiere una redefinición de las escalas y de las unidades espaciales y una reformulación de las teorías y de los supuestos epistemológicos y metodológicos.

Además, según diversos autores (Kupchan, 1998, 2002 y 2003; Wallerstein, 2002a; Chase-Dunn, Jorgenson, Reifer y Lio, 2005) Estados Unidos ha entrado en una franca declinación como poder hegemónico mundial, a pesar de la unipolaridad del orden global que resultó luego del derrumbe de la Unión Soviética en 1991, lo cual sin duda tendrá consecuencias de importancia capital en la conformación de un nuevo orden mundial. Stokes (2005) aduce, en relación con el papel que en la economía política global juega Estados Unidos, que este expresa –a la vez que está sujeto a ella– una lógica estructural dual nacional y transnacional la cual, mientras busca mejorar los intereses nacionales de ese país, reproduce un orden mundial favorable al capital global; no obstante, asevera Stokes, el fin de la Guerra Fría y los ataques del 11 de setiembre de 2001 han exacerbado las tensiones entre ambas lógicas, lo que potencialmente afectará, de manera profunda, tanto la hegemonía del *Imperio Americano* como el futuro de las relaciones internacionales. Por su parte Tausch (2006) concluye que “los patrones actuales de gobernanza global, modelados alrededor del neoliberal Consenso de Washington y del hiperpoder estadounidense, están condenados al fracaso” (p. 1).

Kupchan (1998) considera la declinación de Estados Unidos como inevitable⁸, con un nuevo orden internacional, ya en ciernes, que él visualiza como un balance de poderes hegemónicos unipolares regionales (emergentes en Norteamérica y Europa y en menor medida en el este de Asia); es decir, se estaría generando un orden hegemónico multipolar caracterizado por la concentración de poder en el nivel regional (formación de bloques) y un escenario internacional crecientemente configurado por los flujos de comercio y de capitales. Haber (1990) piensa que la declinación de Estados Unidos está dando paso a un sistema global muy complejo en el que algunos poderes regionales están deviniendo mucho más fuertes, pero va más lejos y asevera que “de hecho,

⁸ “Asumir que el orden internacional puede descansar indefinidamente sobre la hegemonía estadounidense es tanto ilusorio como peligroso” (Kupchan, 1998, p. 41).

la verdadera hegemonía está muerta” (1990, p. 907), es decir, en la situación actual las nociones de “hegemonía” y de “poder hegemónico” resultan obsoletas, por lo que los politólogos, en su criterio, deberían apartarse de ellas y dirigir su atención “hacia el problema de cuál forma tomará la política global en el futuro cercano” (Haber, 1990, p. 907).

Para Wallerstein (2002b, 2004a, 2005, 2007a, 2007b) se trata de una etapa de transformación mucho más profunda y radical. La crisis de hegemonía del imperio estadounidense en realidad representa, para él, una transición histórica sistémica: el sistema-mundo capitalista está abandonando su etapa de equilibrio y está ingresando a una etapa terminal de su historia, que dará paso a un nuevo sistema histórico, no a un cuarto ciclo hegemónico⁹; esta es una situación de bifurcación histórica que se viene experimentando desde la década de 1970, cuando Estados Unidos inició su decaimiento como poder hegemónico mundial –que coincidió con la fase b de un ciclo de Kondratieff¹⁰-. Wallerstein cree que esta etapa de crisis estructural y transición durará unos 25 ó 50 años más (2007b, p. 382) antes de que finalmente dé paso a un nuevo sistema (o varios). Transición cuyo resultado es inherentemente incierto e impredecible. Para Wallerstein, el concepto de la *globalización* –que rechaza como categoría de análisis, por considerarla más bien una construcción mediática–, oculta esta situación de crisis sistémica¹¹.

⁹ Desde el siglo XVI se pueden identificar tres ciclos hegemónicos en el sistema capitalista en los que el poder hegemónico fue ejercido por las Provincias Unidas (Holanda, siglo XVII), Gran Bretaña (siglo XIX) y Estados Unidos (siglo XX). Véase al respecto Chase-Dunn, Jorgenson, Reifer y Lio (2005), Denmark (1999) y especialmente Arrighi (2002).

¹⁰ Aclara Wallerstein (2004a) al respecto: “Si bien un ciclo hegemónico es mucho más largo que un ciclo de Kondratieff, el punto de inflexión de un ciclo hegemónico coincide con el de un ciclo de Kondratieff (pero, por supuesto, no con el de todos). En este caso, ese punto se encuentra alrededor de 1967-1973” (p. 31). En otro lugar Wallerstein (2002b) incluye entre las premisas de la estructura del moderno sistema-mundo capitalista la existencia de ritmos cíclicos por medio de los cuales se han expresado las contradicciones del sistema capitalista y que a la vez han servido para contenerlas: “Los dos ritmos cíclicos más importantes han sido los ciclos de Kondratieff de 50/60 años en que las fuentes primarias de beneficio alternan entre la esfera de producción y la escena financiera, y los ciclos hegemónicos de 100/150 años, que representan el ascenso y la declinación de sucesivos aseguradores del orden global, cada uno con su particular patrón de control” (p. 42). Véase también Wallerstein (1999).

Según Tausch (2006) “[los años] 1756, 1832, 1885, 1932 y 1975 fueron los inicios de nuevas olas Kondratiev, mientras 1756, 1774, 1793, 1812, 1832, 1862, 1885, 1908, 1932, 1958, 1975 y 1992 son los puntos de inflexión (puntos mínimos) de los ciclos Kuznets. Las fases de expansión vigorosa de la economía capitalista mundial requieren ser apoyadas por un bien organizado nuevo orden político hegemónico mundial, mientras la fuerza de las recesiones y la severidad de las depresiones siempre son una función del orden político mundial en declive” (p. 1).

Según lo anterior, estamos en el quinto ciclo de Kondratiev de la era industrial que coincide con la tercera y actual etapa de la globalización, que inició en la década de 1970, según la periodización de la CEPAL (2002).

¹¹ Otros autores también presentan sus críticas. Así Rosenberg (2000) critica que el concepto ha dejado de ser descriptivo (como *theory of globalisation*) y ha pasado a ser reificado como causa (*globalisation theory*). Por su parte, Halperin (2002) afirma: “La globalización, entonces, no es, como Francis Fukuyama y otros han argumentado, el punto final de un proceso evolutivo (ni, como a menudo se aduce, es un proceso que está trabajando para mover a todas las sociedades en la dirección de la democracia liberal). La ‘globalización’ no

Independientemente de que la tesis de la declinación de Estados Unidos sea correcta o no –al respecto solo los hechos futuros podrán dar un veredicto–, los cambios que actualmente se experimentan y los que se proyectan en el panorama mundial para los próximos decenios (Smil, 2005), son radicales. Ante esta situación se deben ajustar los marcos teóricos y conceptuales –en lo ideológico dicho cambio ya se intentó con el concepto “*globalización*”–. El nuevo orden factual requiere un nuevo cristal con que mirarlo¹² pues de él se derivan preguntas cuyas respuestas requieren no poco pensamiento lateral colectivo y compromiso ético.

Esta nueva realidad, sin embargo, no ha desechado al estado-nación sino que lo ha modificado, otorgándole un *status* ideológico y funcional de una envergadura menor a la que

es ni una ruptura radical y absoluta con el pasado ni el resultado de un proceso evolutivo, sino un fenómeno recurrente dentro del capitalismo”. Halperin sostiene que la globalización es un proceso que se ha venido desarrollando por al menos cuatro siglos durante los cuales se han producido diversas fases de “*embedded*” y “*dis-embedded capitalist development*”, que se caracterizan, respectivamente, por una mayor o menor libertad del capital en relación con las regulaciones estatales. Así, a finales del siglo XVIII los Estados comenzaron a instituir cambios que conformaron el desarrollo del capitalismo no regulado que caracterizó a la expansión industrial europea del siglo XIX; cuando esa fase colapsó a finales de la II Guerra Mundial, se llegó a un compromiso entre capital y trabajo (desmercantilizando parcialmente este último e instaurando el Estado de bienestar) y, por medio de la regulación del mercado y la industria, la inversión y la producción se pusieron al servicio de la expansión y la integración de los mercados nacionales. La actual fase de la globalización consiste, para Halperin, en romper el compromiso entre capital y trabajo, desregular los mercados nacionales y expandir la inversión y la producción globalmente. Esto también supone dismantelar el Estado de bienestar. McMichael (2000) sostiene una posición similar a la de Halperin. Tales fases pueden también ser entendidas desde los tres tipos de crisis que postula la teoría de la regulación: microcrisis, crisis coyunturales y crisis estructurales. La resolución de una crisis estructural se produce cuando un nuevo régimen de acumulación se liga a un modo de regulación complementario. El modo de regulación del siglo XIX fue competitivo (esto es, uno en el que el bienestar y las comodidades son responsabilidad del individuo, la negociación de salarios se produce a nivel de la firma y la asignación de capital tiene una base competitiva; la competencia individual en todas las maneras de consumo privado o colectivo subyace a este modo de regulación), el posterior a la II Guerra Mundial hasta 1976 fue monopolístico (modo en el que hay una provisión social de bienestar, procesos colectivos de negociación y administración estatal de la demanda efectiva) y desde 1976 hasta la fecha el modo de regulación ha sido nuevamente competitivo (véase Chung y Kirkby, 2002, pp. 29-30).

¹² Altvater (1998) expresa: “No obstante, el orden mundial de posguerra no alcanzó a mantenerse ni siquiera 50 años. La caída del muro de Berlín en 1989 y el colapso del sistema del ‘socialismo real existente’ generó el fin de la bipolaridad. Desde entonces se habla de un ‘nuevo orden mundial’. El mundo de fines de este siglo y de comienzos del siglo XXI, luego del triunfo de la guerra fría y ‘del fin de la historia’, parecería responder al imperativo –sin alternativas– del dominio racional del mundo dirigido, en el plano económico, por el mercado y en lo político por procesos democrático-formales. No obstante, el intento de concreción del principio de la dominación mundial ha planteado numerosos interrogantes que el ‘nuevo orden mundial’ deberá responder, luego de que las ‘viejas’ respuestas de la época ‘bipolar’ se demostraran insuficientes e incluso contraproducentes: ¿cómo reaccionar ante el fracaso de los esfuerzos emprendidos para el desarrollo –en las décadas pasadas– en el sur político (es decir no necesariamente geográfico)? ¿Cuál es el sistema de reglas a acordar para ‘ordenar’ las relaciones monetarias y financieras internacionales que han escapado a los controles? La modernización e industrialización según el modelo de los países occidentales del norte ¿puede constituir un objetivo en el futuro de todas las sociedades, en todas las regiones del mundo, tanto del ‘este postsocialista’ como del sur? ¿Cómo hay que reaccionar ante una situación en la que paralelamente con el dominio racional del mundo la naturaleza amenaza con ‘devolver las agresiones sufridas’ a través de la pérdida del equilibrio de los ecosistemas globales –el agua, aire, superficie terrestre, los polos–, demostrando así (con sarcasmo) las debilidades del (ya mencionado) proyecto del ‘dominio racional del mundo’?” (pp. 627-628).

ostentó en el último cuarto del siglo XIX y los tres primeros del siglo XX. Los actores y las actividades no estatales cobran ahora una importancia que antes no tenían o no les era reconocida ni el discurso político ni en el académico. Sin embargo, esto no significa que la organización disciplinaria de la ciencia, como la conocemos, y sus supuestos y categorías, en particular, el nacionalismo metodológico, fueran adecuadas en los siglos XIX y XX y que solo ahora es necesario un cambio. Si el sistema capitalista ya era global desde el siglo XVI –o si se quiere, desde finales del XIX–, tal marco epistemológico ha sido sumamente limitado desde su creación conceptual e institucional. Afirman Wimmer y Glick Schiller (2002):

Sólo ahora que los estados-nación han perdido algo de su poder frente a las corporaciones transnacionales y organizaciones supranacionales, podemos ver retrospectivamente la forma que ha adoptado la modernidad durante los últimos 200 años. Ella fue lanzada dentro de la caja de hierro de los estados nacionalizados, los que confinaron y limitaron nuestra propia capacidad analítica... [Hemos descubierto] cuán transnacional ha sido el mundo siempre, incluso en los días de apogeo cuando el estado-nación acotaba y ligaba la mayor parte de los procesos sociales. Más que un resultado reciente de la globalización, el transnacionalismo se muestra como una constante de la vida moderna, oculta a la vista del nacionalismo metodológico. (p. 302)

Las premisas metodológicas implícitas que se adoptaron en el siglo XIX fueron tomadas como formas naturales de abordar la realidad social, lo que llevó a considerar el estado-nación como la unidad de análisis –y de praxis– natural de todo fenómeno social (Berger, 2001). En este modelo el proceso social se asume como la consecuencia del desarrollo de causas o factores endógenos, mientras los elementos exógenos únicamente se consideran como el entorno o el ambiente al que una sociedad debe adaptarse, de manera que el cambio social sólo se ve marginalmente afectado o condicionado por los factores externos (Chernilo, 2006). Cuando se elige otra escala, distinta a la del estado-nación, esta se presenta en términos infra o supranacionales, tomando siempre como referencia obligada al estado-nación. Las regiones son vistas, en consecuencia, como partes de la nación (en el mejor de los casos, como subnaciones) y las relaciones que desbordan al estado-nación, como relaciones *entre* estados-nación. Todas las relaciones sociales, incluyendo las identidades, quedaron de esa manera apesadas –cuando no fueron creadas– por el estrecho marco del estado-nación y, de ese modo, territorializadas en unidades discretas, en supuestas “entidades primordiales” –según el lenguaje de Wallerstein (2004b)– en cuya historia endógena se encontrarían las respuestas a las preguntas fundamentales de la modernidad.

El estado-nación llegó, en consecuencia, a considerarse como un elemento constitutivo de la modernidad capitalista. Para Rustow (1967) los proyectos de construcción de la nación atendían al objetivo principal de modernización; para él este consiste en el proceso de creciente conocimiento y control de las fuerzas de la naturaleza y se logra al asegurar la cooperación de grupos cada vez más amplios y, finalmente, de toda la población. Esta movilización de toda la población presupone, según Rustow, una división del trabajo cada vez más especializada, y estos dos factores – movilización de la población y creciente especialización del trabajo– requieren, a su vez, de un sistema altamente articulado de comunicación social y de relaciones económicas, que son los determinantes de una nación.

Selzer (1971), al interpretar la perspectiva de Rustow, concluye que para este una nación “es simplemente una sociedad modernizada y articulada, fundada sobre una división especializada y generalizada del trabajo” (p. 6). De esta manera, Rustow sostiene que ni la geografía, ni la historia ni la lengua pueden dar cuenta de la identidad nacional sino la construcción que de ella hacen las élites políticas por medio de la exaltación de tales factores y de la erección de programas políticos sobre su fundación, que son meras racionalizaciones seleccionadas conscientemente –o en la mayor parte de los casos, inconscientemente– del “cajón de sastre de la historia” para justificar sus propias aspiraciones, es decir, las de crear una nación luego de que se han hecho cargo de un estado. Como es notorio, Rustow, con anterioridad a Anderson (1993 [1983]), puso de relieve la idea de la nación como una construcción, ligada al proyecto de la modernización.

Dicho proyecto modernizador repercutió en la organización institucional y en la epistemología decimonónica. La división de la ciencia en las actuales disciplinas respondió a condiciones históricas en el desarrollo del capitalismo, ligado a la concepción y desarrollo institucional del estado-nación. Según Wagner (2004), en el siglo XIX “a las emergentes instituciones de investigación se les otorgó una misión nacional y en parte fueron legitimadas por ella, [así] el estado-nación emergente reclamó no solo el monopolio de la legítima violencia... sino también el control sobre las pretensiones de conocimiento válido” (p. 19). La particular forma organizacional que asumieron los departamentos de las universidades y los centros de investigación produjo una departamentalización de la producción del conocimiento por disciplinas. Existe, entonces, una relación directa entre formación del estado-nación, modernidad y conocimiento científico: “Es evidente que el concepto de conocimiento académico y científico que prevaleció durante gran parte del siglo XX estuvo inextricablemente ligado a las formas decimonónicas – *universidad* y *disciplina*-, y que esas formas a su vez dependieron del *estado-nación* como el principal organizador de las instituciones científicas y, a la vez, como el proveedor (histórico) de lo que a menudo se denomina autonomía académica”(Charle, Schriewer y Wagner, 2004, p. 10).

La división actual de las ciencias y sus supuestos básicos –entre ellos el nacionalismo metodológico– responden a las condiciones históricas de la *Pax Britannica* –y en parte, de la *Pax Americana*–, no a las actuales, por lo que existe un claro desfase, del cual una gran proporción del mundo académico no parece haberse percatado, o bien, lo ha hecho pero el cambio no ha convenido a los intereses propios o a los que –consciente o inconscientemente– representa. En todo caso, se trata de una elección. A este respecto cabe recordar las palabras de Cox (1993):

Las convenciones académicas dividen la tela sin costuras del mundo social real en esferas separadas, cada una con su propia teorización; es un camino necesario y práctico para lograr una mejor comprensión. La contemplación de la totalidad indivisa puede conducir a profundas abstracciones o revelaciones místicas, pero el conocimiento práctico (aquel que puede ser puesto en acción) siempre es parcial o fragmentario en sus orígenes. Definir si las partes deben permanecer como objetos limitados, separados, de conocimiento, o deben constituir la base para construir una perspectiva estructural y dinámica de mayores proporciones, es una cuestión importante de método y propósito. De otra manera, el punto de partida es alguna subdivisión inicial de la realidad, habitualmente dictada por la convención.

Es conveniente tener en mente que tal corte convencional de la realidad es, a lo sumo, sólo una conveniencia de la mente. Los segmentos resultantes, sin embargo, derivan indirectamente de la realidad en la medida en que ellos son el resultado de prácticas, es decir, las respuestas de la conciencia a las presiones de la realidad. Las subdivisiones del conocimiento social, en consecuencia, difícilmente pueden corresponder a las formas según las cuales los asuntos humanos están organizados con tiempos y espacios específicos. Ellas pueden, por consiguiente, parecer arbitrarias cuando la práctica cambia. (pp. 119-120)

El nacionalismo metodológico es, pues, otra manifestación del proyecto modernizador, la “respuesta de la conciencia” a las presiones de una realidad distinta de la actual. Chernilo (2006) define *nacionalismo metodológico* como “el omnipresente supuesto de que el estado-nación es la forma necesaria y natural de la sociedad en la modernidad; el estado-nación se toma como el principio organizativo de la modernidad” (pp. 5-6). Pero el análisis de los procesos sociales desde el marco interpretativo del estado-nación no es el único posible e incluso para algunos representa una innegable limitación epistemológica. Al respecto pueden mencionarse varios autores que proponen un cambio en el paradigma estatista adoptado por las ciencias sociales desde el siglo XIX, al que

Brenner (1999) denomina “la epistemología del estado-centrismo”¹³. Wimmer y Glick Schiller (2002) han analizado el concepto de nacionalismo metodológico que definen como “el supuesto de que la nación/estado/sociedad es la forma política y social natural del mundo moderno” (p. 301). Taylor (2000) utiliza el concepto de “*embedded statism*” para referirse a lo que califica como “un mito”¹⁴: es decir, la idea del estado-nación como el contenedor de toda la realidad social, que no considera los flujos que se producen en otras escalas. Wallerstein propone “impensar las ciencias sociales” (2004b)¹⁵ para superar las desfasadas premisas de la ciencia decimonónica en gran medida aún prevalecientes; entre otros puntos afirma que “la perspectiva de los sistemas-mundo niega que la ‘nación-estado’ represente de alguna forma a una ‘sociedad’ relativamente autónoma que se ‘desarrolla’ con el tiempo” (Wallerstein, 2004b, p. 289). Por su parte, Lorenz (1999) denomina “*the ‘only the lonely’ complex*” (p. 36) al enfoque no comparativo del estado-nación como categoría central de análisis –el cual, afirma, está aún difundido en historiografía–, enfoque desde el cual, según Lorenz, se producen atribuciones injustificadas de características y problemas de historiografía particulares (locales o nacionales) a causas también particulares (locales o nacionales).

En América Latina ya para la década de 1960 algunos autores planteaban de manera más bien intuitiva (esto es, aún dentro de las categorías propias del nacionalismo metodológico, sin una crítica sistemática) la necesidad de un cambio en las escalas. Por ejemplo, Hamuy (1966) advertía contra el sesgo del estudio de las “sociedades cerradas”:

¹³ Según Brenner (1999): “una epistemología estado-céntrica ha dominado las ciencias sociales modernas desde su inicio a finales del siglo XIX” (p. 46). Y aclara: “la noción de estado-centrismo desarrollado aquí se refiere a una más generalizada ontología espacial que ha estado implícita dentro de un amplio rango de paradigmas de investigación en todas las ciencias sociales” (p. 73).

¹⁴ “Puesto que los Estados se han desarrollado como los ‘contenedores’ omnicomprendidos de las actividades sociales en el mundo moderno, la metageografía de los Estados parece tener sentido para los análisis sociales. Pero es un mito; no debemos asumir que algo tan complejo como una sociedad puede ser alguna vez expresada adecuadamente en una sola estructura espacial... la metageografía de los Estados ha conducido a una subestimación de la importancia de los flujos en el mundo moderno” (Taylor, 2000, p. 1112).

¹⁵ “Es normal que los eruditos y los científicos repiensen los asuntos. Cuando nuevas evidencias importantes socavan viejas teorías y las predicciones no se cumplen, nos vemos obligados a repensar nuestras premisas. En ese sentido, gran parte de las ciencias sociales del siglo XIX se repiensa constantemente en la forma de hipótesis específicas. Sin embargo además de repensar –algo que es ‘normal’– las ciencias sociales del siglo XIX, creo que necesitamos ‘impensarlas’ debido a que muchas de sus suposiciones –engañosas y constrictivas, desde mi punto de vista– están demasiado arraigadas en nuestra mentalidad. Dichas suposiciones, otrora consideradas liberadoras del espíritu, hoy en día son la principal barrera intelectual para analizar con algún fin útil el mundo social” (Wallerstein, 2004b, p. 3). Dentro de los supuestos que Wallerstein critica está el del nacionalismo metodológico; sostiene que en el mito organizativo de la modernidad “la unidad de análisis (el supuesto escenario de acción social) es incorrecta. Los estados modernos no son los marcos de referencia primordiales dentro de los cuales se ha llevado a cabo el desarrollo histórico. Se podrían concebir de manera más útil como un grupo de instituciones sociales dentro de la economía-mundo capitalista, siendo éste el marco dentro del cual, y del cual, podemos analizar las estructuras, las coyunturas y los sucesos” (2004b, pp. 63-64).

El poder debe ser estudiado en sus tres niveles: regional, nacional e internacional, por lo que es necesario adoptar conceptos generales de enlace entre ellos, si se desea unificar los diversos factores pertinentes en un campo teórico global “con sentido”... El estudio aislado, por ejemplo, del nivel regional... sólo puede tomar la forma de una descripción; la explicación se puede encontrar mediante el análisis conjunto de los tres niveles. Los sociólogos –y los científicos sociales en general– estudian casi siempre el poder al nivel de las sociedades cerradas... Las estructuras de poder que existen en cada nivel se complementan, refuerzan y auxilian recíprocamente. Estas funciones de complemento, refuerzo y defensa se realizan, por una parte, entre los sectores sociales ligados a la tierra y aquellos que derivan su poder de la industria, de la banca y del comercio exterior, etcétera, como, por otra parte, entre todas estas y las estructuras internacionales de poder. (pp. 685-686)

Sin embargo, aparte de los aportes de unos cuantos autores, como Chernilo y Llopis Goig (2007a, 2007b), es poco lo que se ha escrito en castellano sobre el asunto. El nacionalismo metodológico que informa a las ciencias sociales desde el siglo XIX ha corrido paralelo, *prima facie*, con el proyecto de construcción y consolidación de los estados-nación, como se ha expuesto más arriba. Pero va más allá: es el reflejo metodológico de un proceso económico y político mundial (primer polo) –es decir, el del capitalismo industrial–, que en el nivel local se construyó como un proyecto nacional (segundo polo), naturalizado mediante el poder simbólico del Estado (Loveman, 2005). Pero es, considerado más detenidamente, un mal reflejo o un reflejo imperfecto. Al respecto Brenner (1999) advierte: “la epistemología del estadocentrismo no debe ser vista tanto como un ‘reflejo fiel’ de su contexto histórico-geográfico sino como la omisión del reconocimiento, inducida estatalmente, de ese contexto” (p. 49), pues por un lado, la comprensión de los procesos espacio-temporales se intensificó en conjunción con la segunda revolución industrial, la expansión global de la economía y la era de un fuerte imperialismo; por otro lado, esa extensión y aceleración del capitalismo se basó en la construcción de configuraciones territoriales de gran escala, especialmente, las infraestructuras de producción, transporte y comunicación de las principales ciudades industriales y los sistemas institucionales y regulatorios, altamente burocratizados, de los Estados territoriales. No obstante, manifiesta Brenner (1999), “los modos de análisis estadocéntricos se enfocan solamente en un polo de esta dialéctica... el de fijeza territorial, incorporado en la forma territorializada del Estado” (p. 49), dejando de considerar los procesos –principalmente globales o locales– no reductibles a una escala estatal o a una escala interestatal (entendida esta como mera y exclusiva relación *entre* Estados). La epistemología estadocéntrica realiza entonces un doble ocultamiento, a lo externo del estado-nación (procesos, flujos, actores y

redes globales-globales, globales-locales) y a lo interno de él (procesos, flujos, actores y redes locales-locales, locales-globales).

La emergencia de un nuevo orden mundial ha llevado a un desfase de las *ideas* –entendidas en sentido *coxiano*¹⁶– estado-nacionalistas. Las categorías y los modos de análisis del siglo XIX no son ya lo suficientemente eficientes para sostener ideológicamente un discurso de apariencia coherente frente a los hechos que tratan de describir, explicar o legitimar. Para Sassen (2007) y otros autores esos hechos, que exigen un nuevo planteamiento teórico y metodológico, son los cambios asociados a la globalización, mientras que para Wallerstein consisten más bien en el fracaso del proyecto de la modernidad y de su promesa de progreso –fallida para una gran parte de la humanidad–. Según Wallerstein (2004b) “es precisamente la realidad de las siempre crecientes disparidades históricas del desarrollo la que ha puesto en duda los viejos mitos organizativos que no han podido explicar de manera adecuada estas disparidades y que, en consecuencia, han estado presionando a la erudición del mundo para que se elabore una metahistoria alternativa” (p. 67). Los poderes hegemónicos actuales requieren otro discurso y otras categorías; los científicos sociales, si quieren ser congruentes con los grandes cambios históricos, también.

Las críticas al nacionalismo metodológico no deben ser atribuidas de manera exclusiva a posiciones de izquierda, pues también la derecha está a la busca de nuevos modelos, de los cuales el discurso de la globalización es el mejor y más acabado ejemplo¹⁷; este discurso se ha complementado con otros que buscan una mayor adecuación, por ejemplo el de ingobernabilidad – el cual sacrifica la democracia para salvar al capitalismo y representa la ruptura con el “equilibrio entre liberalismo y democracia logrado con los principios básicos del Estado benefactor” (Córdova Vianello, 1996, p. 3)–, acorde con los objetivos de algunos de los actores políticos globales actuales. La perspectiva tradicional del estado-nación, basada en el nacionalismo metodológico, no resulta útil para comprender los fenómenos que se presentan en el nuevo contexto (Sassen, 2007). Si el nacionalismo metodológico sobrevive por mucho tiempo más no es ya tanto por una necesidad estructural hegemónica sino por la propia inercia de la academia y la tendencia a que ciertas instituciones sobrevivan aunque hayan perdido su capacidad de generar el consenso sobre el que se basa la hegemonía. Más aún, el estado-nación mismo tiende a reducir su propia perspectiva nacionalista (ostenta una menor capacidad de cohesión identitaria), mientras simultáneamente pierde capacidad de dirigir otros procesos en términos territoriales (disminución de su soberanía), lo que indica que es cada vez menos un Estado en términos westfalianos.

¹⁶ Más adelante se expone el pensamiento de Cox y el papel que juegan las ideas en su modelo histórico.

¹⁷ Sobre los orígenes y evolución del concepto *globalización* y su discurso véase Fiss y Hirsch (2005).

La idea de modernidad, contenida en la de estado-nación, llevó a cierta uniformidad formal, a un *isomorfismo ritualizado* (Strang y Meyer, 1993) que consiste en considerar como homogéneos a los diferentes actores (sean estados, organizaciones o individuos), desconociendo sus verdaderas diferencias y considerándolos, por lo tanto, susceptibles del mismo tratamiento teórico y práctico; de este modo, las prácticas y las instituciones, las formas y los contenidos “modernos” no se cuestionan pues se asume que los diferentes actores son formalmente iguales, buscan los mismos fines y usan los mismos medios. Rustow (1967) consideraba que a raíz de la tendencia hacia una uniformidad global incluso la ilusión de la nacionalidad llegaría a desaparecer, pues la función del nacionalismo era movilizar y modernizar a las sociedades al transformarlas en estados-nación pero una vez que se hubiese logrado el proceso, el nacionalismo ya no tendría más un papel que desempeñar. No se está actualmente frente a la desaparición del estado moderno por obra de la globalización, sino frente a su transformación –la cual ha sido constante desde su creación en 1648 con los tratados de la Paz de Westfalia–, pues es un espacio estratégico para la globalización porque encarna la capacidad de cumplir objetivos específicos por medio de la centralización del poder coercitivo y porque ofrece un dominio donde se pueden articular estrategias de acción colectiva (Sassen, 2007). El estado-nación transformado es así un agente facilitador, de no poco peso, en el proceso de la globalización. “El sistema del estado-nación no está siendo destruido sino transformado e incorporado por medio del proceso de la globalización en la estructura emergente más amplia de un estado transnacional”, afirma Robinson (2001, p. 192). Green (1997) está de acuerdo con que el estado no está desapareciendo y considera que más bien la nueva realidad global de interdependencia económica y social ha fomentado tantos nuevos papeles para el estado como le ha restado otros antiguos. Pareciera que los papeles a los que ha renunciado el estado-nación son básicamente dos: a) como regulador, especialmente de la economía, b) como elemento de cohesión social¹⁸.

No obstante, la dilución del nacionalismo ha de tener unas determinadas consecuencias sobre las teorías y los métodos. Sassen (2007) ha percibido con claridad las implicaciones de los cambios históricos que se experimentan:

Los procesos transnacionales como la globalización política, económica y cultural enfrentan a las ciencias sociales con una serie de desafíos teóricos y metodológicos. Estos desafíos surgen debido a que lo global (ya sea una institución, un proceso, una práctica discursiva o

¹⁸ Por ejemplo, al abordar el tema del multiculturalismo, Koopmans y Statham (1999) afirman: “En la discusión del multiculturalismo como un desafío para el estado-nación liberal, no es su soberanía externa lo que está en juego, sino su capacidad de mantener la cohesión social y la concepción liberal de derechos individuales sobre los que descansa” (p. 658).

un imaginario) trasciende el marco exclusivo del Estado-nación y al mismo tiempo habita parcialmente los territorios y las instituciones nacionales. Vista de esta manera, la globalización no se limita ya a la noción convencional que la define como un proceso de formación de instituciones exclusivamente globales y de interdependencia creciente entre los estados-nación del mundo. Si lo global, en efecto, reside en parte en el interior de lo nacional, resulta evidente que la globalización, en sus distintas modalidades, compromete de manera directa dos supuestos clave de las ciencias sociales. El primero de ellos es la concepción implícita o explícita del Estado-nación como contenedor de los procesos sociales. El segundo es la correspondencia implícita entre el territorio nacional y lo nacional como característica, es decir, que si un proceso o fenómeno social se da en una institucional nacional o en un territorio nacional se asume que debe ser de carácter nacional... dichos supuestos no resultan útiles para responder una serie creciente de interrogantes acerca de la globalización. Tampoco lo son para explicar la amplia variedad de procesos transnacionales que las ciencias sociales deben comenzar a investigar y teorizar, ni para desarrollar los instrumentos analíticos necesarios. (pp. 11-12)

Es fácil estar de acuerdo con Sassen (2007), dado que “existe un número creciente de casos de localización de lo global y de desnacionalización de lo nacional” (p. 12). Pero Sassen pone énfasis en que los desafíos teóricos y metodológicos son el resultado de la globalización cuando en realidad ésta solo ha sido la ocasión para tal “descubrimiento”. Es decir, la epistemología estadocentrista tampoco debió ser asumida como válida con anterioridad, dadas sus notorias limitaciones para explicar procesos que no son exclusivos de la presente coyuntura¹⁹. El mundo ya era *transnacional*²⁰ con anterioridad a la globalización actual. Puede mencionarse, por ejemplo, la existencia de élites que operando a nivel mundial han constituido redes locales y translocales y han compartido intereses y acciones, con una mayor proximidad e identificación entre sí que con sus propios connacionales (Halperin, 2007), siendo ese uno de los factores de la difusión global de patrones de organización política y económica, así como de modelos culturales. Halperin sostiene que las sociedades nacionales modernas fueron construidas sobre un campo social translocal, que no fue destruido por la aparición del estado-nación y que continúa cumpliendo un papel y causando unos efectos independientemente de las fronteras, y que da dirección a las prácticas políticas,

¹⁹ Se asume la diferenciación *braudeliana* de tres tiempos sociales sobrepuestos: acontecimiento, coyuntura y *longue durée*.

²⁰ La palabra *transnacional* se usa aquí para dar a entender que ya existían procesos sistémicos en el capitalismo mundial, pero la palabra misma es tributaria del mismo nacionalismo metodológico que se critica, lo cual muestra lo incrustados que están los conceptos del nacionalismo metodológicos en nuestras formas de analizar y expresar la realidad.

económicas y culturales en los diferentes lugares de manera muy similar²¹. Por ello propone cambiar el enfoque vertical (estados, regiones) por uno horizontal (clases y redes) para analizar el desarrollo sincrónico e interdependiente de puntos focales dinámicos alrededor del mundo.

Es posible ofrecer algunos ejemplos de fenómenos que no se pueden explicar adecuadamente desde el nacionalismo metodológico:

- a) *La inversión extranjera directa (IED)*. Es una variable que se utiliza con mucha frecuencia para describir el sistema financiero global pero, aunque describe flujos de capital privado, tales datos se agregan y se presentan como atributos de estados (o grupos de estados), que “envían” o “reciben”, con poco o ningún sentido empírico del sistema detrás de los flujos. Los datos sobre IED en muchos textos proveen información invaluable sobre tendencias, pero muy poca sobre redes (Taylor, 2000).
- b) *Pobreza y desigualdades sociales*. Afirma Taylor (2000) que luego de un siglo en que operó una reducción de la polarización social, desde la década de 1970 nuevamente se ha incrementado, presenciándose un severo cambio en la distribución del ingreso y la riqueza; este cambio lo califica Taylor como *el más importante rasgo de la globalización contemporánea*. “Las nuevas tecnologías han facilitado el potencial para una nueva redistribución hacia arriba para aquellos que dominan la ‘riqueza global’ y pueden demandar ‘salarios globales’. Y los proyectos políticos de la nueva derecha (instigados por los gobiernos de la ‘nueva izquierda’, cuando y como sea necesario) han asegurado que la muy rica élite pueda, en efecto, hacer más dinero y más rápido que nunca antes” (Taylor, 2000, p. 1109). Esa situación es una verdadera transformación global crítica, pero la visión tradicional, al enfocar su análisis en el Estado, trata los efectos de la globalización sobre la distribución en los debates sobre el Estado de bienestar y sobre la desindustrialización en los países más ricos, de modo que “el panorama global y el relacionado cambio histórico en

²¹ Según Halperin (2007): “La mayoría de las perspectivas sobre el desarrollo toman como punto de partida analítico una concepción de lo ‘social’ como (ya) dividido en una multiplicidad de sociedades delimitadas nacionalmente. La ‘sociedad’ se refiere, la mayoría de las veces, a sociedades delimitadas ‘nacionalmente’. Pero los estados territoriales de varios tipos y las modernas ‘sociedades nacionales’, se construyeron dentro de un campo social translocal preexistente. Este sistema de instituciones sociales, relaciones y normas no fue desplazado o destruido por el ascenso y caída de los estados y de los sistemas estatales: las fuentes translocales de poder y de estabilidad continuaron y continúan hoy, atravesando los límites de los estados y dando forma a las relaciones y a los resultados del desarrollo a través y dentro de ellos.

En todo momento, durante la ascensión y caída de los estados y los sistemas estatales, el avance tecnológico y el desarrollo de las fuerzas productivas han sido impulsados y modelados, no por naciones, sino por clases locales y translocales que participan en el intercambio de tecnología, instituciones, ideas culturales, valores y otros productos simbólicos. Los valores, las prácticas de consumo y las innovaciones se difundieron, no a través de amplios frentes, sino a lo largo de las rutas de contacto, y estas dieron forma a la dirección del cambio social a través de grandes áreas de manera muy similar” (pp. 8-9).

el poder y la riqueza, simplemente no son parte de su argumento” (Taylor, 2000, p. 1109). Por su parte, Heloise Weber (2007) afirma que la globalización y el desarrollo han sido conceptualizados en términos ahistóricos; pone como ejemplo las estrategias de reducción de la pobreza (los *Objetivos de desarrollo del milenio* y los *Documentos de estrategia de lucha contra la pobreza*), definidas globalmente, pero destinadas a ser implementadas dentro de los dominios nacionales, como estrategias de desarrollo nacional; el método comparado formal (dentro del marco del nacionalismo metodológico que solo compara datos generados “nacionalmente”) corrobora tal enfoque ahistórico; por ello, dicho método, afirma Weber, debe ser reevaluado críticamente, no sólo para rectificar un problema metodológico, sino también para exponer las políticas de elección metodológica, pues “el método comparado formal se fundamenta en delimitaciones temporales y espaciales que reproducen un marco analítico particularmente problemático, con importantes implicaciones políticas, y que *oscurece las dimensiones sociales, globalmente constituidas, de las luchas por el reconocimiento y la redistribución*” (Weber, 2007, p. 559, la cursiva no es del original). El enfoque del nacionalismo metodológico oculta las desigualdades sistémicas por la aplicación de tres principios, según Beck (2004): 1. fragmentación del estado-nación e imputación de las desigualdades sociales: al diluir la visión de conjunto, por la carencia de una instancia de observación de las desigualdades globales, se favorece la presunción de causalidad endógena; 2. las normas nacionales de igualdad, que operan en los planos jurídico (igualdad ante la ley), político (ciudadanía) y cultural (identidad nacional), estabilizan las percepciones sobre las desigualdades; 3. incomparabilidad entre naciones: se asume que las comparaciones políticamente significativas solo proceden intranacionalmente, excluyendo la comparación internacional²².

- c) *Migraciones internacionales*. Casi todos los estudios sobre migraciones son encargados por las administraciones públicas por lo que incurren en el reduccionismo de estudiar el fenómeno, no en sí mismo (en sus múltiples dimensiones), sino delimitado por las necesidades de las propias administraciones y dentro de las fronteras del territorio administrativo de destino. Además, a los inmigrantes se los clasifica como un grupo homogéneo por su sociedad de origen, omitiendo las diferencias culturales, sociales y de otro tipo que pueden existir entre ellos. Tampoco se estudian los efectos de la emigración sobre las sociedades de origen. Se escapa a la perspectiva estadocéntrica ver las migraciones como un fenómeno interno *del sistema global* (Llopis Goig, 2007a y 2007b). Además, en dichos estudios se producen vacíos respecto de las migraciones de las élites,

²² Sobre esto véase Llopis Goig (2007a).

especialmente de profesionales altamente capacitados, cuya movilidad “es particularmente importante para la globalización porque marca la formación de un grupo ampliado de cuadros transestatal que organiza y controla el capital” (Taylor, 2000, p. 1109); se trata de una clase capitalista transnacional. Se está, entonces, frente a una jerarquía global de movilización en la que se produce una bifurcación entre los que tienen libertad de moverse –tanto física como virtualmente– y los que se ven cada vez más forzados a moverse pero están restringidos en cuanto a sus destinos. Las estadísticas del nacionalismo metodológico, centradas en el segundo tipo de migrantes y en el país de destino, pasa por alto las implicaciones del proceso global.

- d) *Efectos del crecimiento económico y el comercio global sobre el ambiente.* Lofdahl (1998) refiere un caso interesante de posiciones contrarias. Bhagwati defiende que el libre comercio global impulsa el crecimiento económico que crea las rentas e impuestos que pueden ser usados por los gobiernos para mejorar la protección del ambiente. Es decir, a mayor crecimiento del comercio exterior, mayor protección del ambiente. Daly replica que los costos ambientales crecen más rápidamente de lo que pueden ser afrontados, haciendo a la sociedad más pobre en términos agregados. Lo sorprendente es que algunos estudios empíricos²³ dan razón a Bhagwati y no a Daly; sin embargo, la causa de esto último es simple: tales estudios se realizaron con estadísticas “nacionales” de países industrializados, es decir, no tomaron en cuenta los costos ambientales sobre todo el planeta. El estudio empírico de Lofdahl utilizó la variable del área forestal como indicador de cambios ambientales mayores y obtuvo que tanto el crecimiento de la población como el PIB relacionado con el comercio exterior contribuyen negativamente a la forestación (o positivamente a la deforestación) –dando razón en esto a Daly–, mientras el PIB per cápita contribuye positivamente a la forestación, dando razón a Bhagwati; *pero los resultados también sugieren que los costos del comercio global superan abrumadoramente los efectos benéficos.* El estudio de Lofdahl no se realizó con datos generados solo nacionalmente: “la complejidad del sistema internacional no ha sido tomado en cuenta apropiadamente por estudios previos, de manera que los países desarrollados han sido capaces de externalizar efectivamente sus costos ambientales”, expresa Lofdahl (1998, p. 352). La conclusión del estudio de Lofdahl es expresiva: “Los economistas apoyan sus argumentos con estudios empíricos que demuestran una correspondencia entre elevados PIBs e indicadores ambientales positivos; este estudio [el de Lofdahl], al tomar en cuenta directamente los conexiones sistémicas del comercio entre países, llega a una conclusión diferente. *Usando*

²³ Para mayor detalle sobre tales estudios, sugiero leer el artículo de Lofdahl (1998).

el área forestal como indicador, los beneficios ambientales del crecimiento del PIB per cápita se sustentan, pero el incremento del PIB del país contraparte, medido por la variable PIB relacionado con el comercio, se muestra como una causa de la deforestación. El efecto del comercio no solo es de signo opuesto, sino que su mayor magnitud sobrepasa con mucho el efecto doméstico del PIB. La interpretación de estos resultados lo lleva a uno a concluir que el incremento del PIB doméstico de hecho sí contribuye a mejorar el ambiente de un país. Por otra parte, *este beneficio ambiental parece derivarse de la habilidad superior de los países más ricos para ‘trasladar’ sus costos ambientales a sus más pobres contrapartes comerciales*” (Lofdahl, 1998, pp. 352-353, la cursiva no aparece en el original). El nacionalismo metodológico condujo a ocultar los efectos globales del crecimiento económico y del comercio exterior sobre el ambiente.

- e) *Actores económicos.* Por lo general la producción mundial se mide estadocéntricamente, aplicando indicadores de contabilidad nacional. El *producto interno bruto* (PIB) pretende reflejar el valor de la producción total de un país en un periodo dado, pero sus fallas son notables; por ejemplo, no toma en cuenta el producto del trabajo no asalariado (es el caso del trabajo doméstico de las mujeres en las sociedades androcéntricas, por lo que el PIB tiene un sesgo discriminatorio de género) ni el producto para el autoconsumo, no considera el trabajo voluntario, no capta la economía informal ni la subterránea, no dice nada acerca de la distribución, tampoco sobre el uso de los recursos (da igual si la producción es para hacer la guerra o para educación) ni los costos ambientales (sea como agotamiento de recursos naturales o como contaminación). “Como resultado, el PIB no sólo enmascara el desajuste de la estructura social y el hábitat natural sobre el que la economía –y la misma vida– en última instancia depende; peor aún, de hecho muestra tal desajuste como una ganancia económica” (Cobb, Halstead y Rowe, 1995). En fin, puede continuarse por esta vía y ampliar la lista, pero lo que aquí se pretende resaltar es el hecho de que tal medición por países dice muy poco sobre la verdadera economía –local y global– y principalmente sobre los actores no estatales con capacidad de influencia en la toma de decisiones no solo económicas sino políticas en general. Frecuentemente se aduce que las compañías transnacionales más grandes son economías tan poderosas que superan el PIB de muchos países. Véase el cuadro 1 y compárense las ventas anuales con el PIB nominal de algunos países; los números son elocuentes. La medición convencional no da cuenta de muchas dimensiones relevantes de la economía capitalista. Se sabe que incluso Simon Kuznets tenía serias reservas sobre las cuentas nacionales que había ayudado a crear. “En el caso de las Cuentas Nacionales, donde se juntan la microeconomía con la macroeconomía en la tarea

de cuantificar la producción de un país como si fuera una gran empresa colectiva, es inevitable buscar el núcleo conceptual alojado dentro de la cáscara aparentemente rígida y opaca de normas y métodos que la encubren” (Chaves Márquez, 2003). Cobb, Halstead y Rowe (1995), por ejemplo, mencionan que “la mayoría [de los economistas] es consciente de al menos algunas de las deficiencias del PIB. Pero antes que enfrentarlas abiertamente, o se han encogido de hombros o han buscado minimizar las implicaciones para sus modelos subyacentes... en 1991 el PNB [producto nacional bruto] se transformó en el PIB –un cambio silencioso que tuvo importantes consecuencias–. Bajo la anterior medición del producto nacional bruto, las ganancias de una firma multinacional se atribuían al país de sus propietarios –adonde eventualmente tales ganancias retornarían–. Sin embargo, bajo el producto interno bruto las ganancias se atribuyen al país donde se localiza la fábrica o la mina, a pesar de que no permanecerán allí. Este cambio contable ha convertido, estadísticamente, a muchas naciones que luchan en poblaciones en auge, a la vez que promueve el impulso a una economía global. De modo conveniente ha ocultado un hecho básico: las naciones del Norte se llevan los recursos del Sur y lo llaman una ganancia para el Sur”.

Cuadro 1
Ventas anuales de algunas empresas transnacionales y
PIB nominal de algunos países
(en miles de millones de US\$)
2009

Compañía	Industria	Ventas anuales	PIB nominal	País
Wal-Mart Stores	Ventas al detalle	408.21	397.70	Suecia
Royal Dutch Shell	Petróleo y gas	278.19	277.37	Sudáfrica
Exxon Mobil	Petróleo y gas	275.56	266.43	Tailandia
BP (British Petroleum)	Petróleo y gas	239.27	228.57	Emiratos Árabes Unidos
Toyota Motor	Bienes de consumo duraderos	210.84	208.84	Hong Kong
Sinopec-China Petroleum	Petróleo y gas	208.47	207.35	Malasia
ING Group	Seguros	167.49	166.51	Pakistán
Total	Petróleo y gas	160.68	160.67	Rumania
Chevron	Petróleo y gas	159.29	158.70	Filipinas
PetroChina	Petróleo y gas	157.22	150.36	Chile

General Electric	Conglomerados	156.78	134.79	Argelia
Bank of America	Banca	150.45	127.36	Perú
AXA Group	Seguros	145.86	124.24	Hungría
ConocoPhillips	Petróleo y gas	136.02	115.70	Ucrania
Allianz	Seguros	130.06	114.87	Kuwait
Carrefour Group	Alimentos	125.36	109.56	Nueva Zelanda
Generali Group	Seguros	123.14	107.03	Kazajastán
AT&T	Servicios de telecomunicaciones	123.02	92.54	Qatar
ENI	Petróleo y gas	121.01	92.12	Bangladesh
Ford Motor	Bienes de consumo duraderos	118.31	91.76	Vietnam
E.ON	Servicios públicos	117.38	90.77	Marruecos
Hewlett-Packard	Computadoras y equipo	116.92	88.29	Eslovaquia
JPMorgan Chase	Banca	115.63	69.70	Angola
Gazprom	Petróleo y gas	115.25	61.72	Croacia
GDF Suez	Servicios públicos	114.65	60.60	Libia
Berkshire Hathaway	Servicios financieros	112.49	55.61	Ecuador
Siemens	Conglomerados	112.23	54.35	Siria
Daimler	Bienes de consumo duraderos	110.06	54.29	Sudán
Banco Santander	Banca	109.57	29.29	Costa Rica

Fuentes: Fondo Monetario Internacional y Forbes.

Notas: el PIB nominal es el estimado por el FMI para el 2009.

Los datos de Forbes son los que constan en el Forbes 2000 Report de abril de 2010.

No solo ciertos procesos no pueden ser abordados adecuadamente desde los supuestos del nacionalismo metodológico sino que una serie de problemas e hipótesis ni siquiera pueden ser formulados pues las fuentes existentes, especialmente de tipo estadístico, han sido creadas

respondiendo al modelo estadocéntrico²⁴. Al respecto Wallerstein (2004b) comenta que “la estadística (o al menos la estadística histórica), como su nombre lo indica, ha sido la recopilación de cifras con respecto a los estados. Éste fue su origen social y ha cumplido fielmente su cometido, pues con ella podemos expresar en forma cuantitativa un gran número de cosas acerca de los procesos dentro de un solo estado; podemos hacer comparaciones entre estados; tenemos conocimiento de flujos entre dichas entidades, registrados cuando se atraviesan las fronteras. Pero las lagunas son inmensas” (pp. 68-69). Para ilustrar lo anterior Wallerstein (2004b) ofrece dos ejemplos:

Supongamos que queremos demostrar la siguiente suposición. En la Europa moderna existían tres zonas de consumo de la producción cerealera: una dentro de un rango de un kilómetro a partir del punto de producción (y rara vez pasaba por el “mercado”), otra en un radio de 50 kilómetros y otra más después de los 50 kilómetros. Formulemos la hipótesis de que entre 1600 y 1700 la producción total de grano en la economía-mundo europea era (más o menos) estable, pero la distribución variaba en términos de porcentajes destinados a diferentes zonas de consumo. No fue fácil obtener la base estadística para considerar seriamente esta proposición; pero el punto es que la presente forma de organización de la información –es decir, dentro de los límites estatales– no nos permite ni siquiera abordar el tema.

También podemos considerar otro asunto. Existe en la actualidad un interés renovado en los denominados ciclos Kondratieff. Una vez más existe un conjunto de información variada de series cronológicas, pero la mayor parte de esta información continua recogiéndose dentro de los límites estatales. Sin embargo supongamos que existen ondas en la economía mundo en su conjunto, pero como resultado de patrones distintos en diferentes zonas. Sería perfectamente posible obtener resultados negativos acerca de la existencia de Kondratieffs cuando la realidad es positiva. (p. 69)

2.- Nacionalismo metodológico, historia ambiental y teoría social

De acuerdo con lo expuesto, una historiografía ambiental (exclusivamente) nacional es posible, pero, desde nuestro punto de vista, no deseable, pues sin duda reproducirá los supuestos reduccionistas del nacionalismo metodológico –que es parte de una teoría social implícita– y

²⁴ “El Estado proclamaba una unidad territorial en la que se realizan sistemáticamente estadísticas sobre procesos y situaciones económicas y sociales. De este modo, las categorías de la auto-observación estatal se convertían en categorías de las ciencias sociales empíricas” (Llopis Goig, 2007a, p. 202).

ocultará más de lo que revelará en el nivel sistémico del capitalismo global. Además, no sería recomendable abordar la historia ambiental como un compartimento o parcela de la realidad. El desarrollo histórico del capitalismo ha incidido en prácticamente todos los ámbitos de la vida humana, por lo que no tendría sentido una historia ambiental que no se contextualiza estructuralmente o que solo se escribe en el nivel de los acontecimientos; es decir, que no toma en cuenta los aspectos coyunturales y los de largo plazo (*longue durée*).

Una historia *ambiental nacional* es un oxímoron, pues el ambiente no puede ser encerrado en fronteras políticas, por más que el mito organizacional (estadocentrista) de la modernidad nos induzca a pensar que sí es posible. El ambiente es un sistema global que no admite fraccionamientos²⁵. En este sentido Marshall (1999) ha resaltado la creciente inadecuación de las teorías estadocéntricas para explicar el dinámico vínculo entre el capitalismo global y la degradación del ambiente local. Por otra parte no existe un ambiente *prístino* (absolutamente natural) pues la acción humana –por sus efectos, de manera directa o indirecta–, está presente en todo el planeta, incluso en los lugares más remotos (Smith y O’Keefe, 1980; Smith, 1984). Todo el sistema ha recibido los efectos de una humanidad que cada vez consume más recursos y genera más desechos.

De modo que la historia ambiental no debe pensarse como una isla de conocimiento ni como una subdisciplina, pues la división disciplinaria misma puede ser puesta en entredicho, como si discutió más arriba. Más bien, debe ser considerada como una particular perspectiva o enfoque que da énfasis a una clase de fenómenos sociales, esto es, la interacción de las sociedades con su entorno y, para que tenga sentido y no sea meramente una mirada arbitraria sobre las transformaciones ecológicas, debe colocarse en el lugar que le corresponde dentro de una estructura histórica. La historia ambiental entonces es una historia tanto de lo natural como de lo social –uno y otro se implican– y debe ser abordada transdisciplinariamente. O dicho de otra forma, la historia ambiental debe fundarse sobre teoría social.

Según Moore (2003) la historia ambiental mundial ha sido el territorio principalmente de historiadores, quienes se han mostrado, por lo general, reacios a involucrarse con la teoría social, lo que ha tenido como resultado “una corriente fuerte en lo historiográfico pero débil en lo

²⁵ Los mismos hechos han llevado a la comprensión de la insuficiencia del mito del estado-nación como contenedor de la realidad social; Sachs (1992) expresa: “Lo que pudo haberse llamado internacionalización accidental masiva proyectó su sombra delante de sí: los desechos industriales escapan a la soberanía nacional, no se presentan en las aduanas ni viajan con pasaportes. Los países descubrieron que no eran unidades autocontenidas, sino que eran vulnerables a acciones tomadas por otros. Así surgió una nueva categoría de problemas, las ‘cuestiones globales’” (p. 27).

teorético, en un polo, y un movimiento teórica y metodológicamente robusto, pero historiográficamente inadecuado, en el otro polo. [Por lo que] los historiadores ambientales del todo no saben qué hacer con la teoría social y los científicos sociales orientados a los estudios del ambiente desconocen absolutamente cómo trasladar sus perspectivas a la investigación historiográfica” (Moore, 2003, p. 307).

De allí la importancia de explicitar la teoría social de la historia ambiental, que en todo caso siempre estará presente, aun cuando sea de una manera tácita. Lleva razón Aya (1979) cuando critica la pretensión de prescindir de la teoría: la búsqueda pura y simple de hechos no garantiza por sí sola la inducción de hipótesis interesantes y no triviales ni puede asegurar que los hechos recolectados de ese modo no estén contaminados con supuestos teóricos que, de explicitarse y someterse a ulteriores pesquisas y pruebas, podrían resultar falsos.²⁶

Puesto que no existen observaciones sin interpretación ni interpretación sin teoría, esta siempre está presente (implícita o explícitamente, como se expresó). El error metodológico es no explicitarla, oscureciendo de ese modo los criterios que orientaron las diversas elecciones en el diseño y ejecución de una investigación. La pretensión de asepsia teórica parece una tarea imposible si no un ocultamiento o un autoengaño.²⁷

No sólo no es posible renunciar a la teoría, tampoco es concebible una teoría políticamente neutra, pues es la representación de una perspectiva particular. Como afirma Cox (1993):

La teoría siempre es para alguien y tiene algún propósito. Todas las teorías tienen una perspectiva. Las perspectivas derivan de una posición en el tiempo y el espacio, específicamente tiempo y espacio social y político. El mundo es visto desde una perspectiva definible en términos de nación o clase social, de dominación o subordinación, de aumento o declinación del poder, de un sentido de inmovilidad o de crisis presente, de experiencia del pasado, y de esperanzas y expectativas en cuanto al futuro. Naturalmente, la teoría

²⁶ Expresa Aya (1979, con citas de Popper y de Feyerabend): “La filosofía de la ciencia contemporánea ha mostrado que toda observación procede de supuestos teóricos y que, por lo tanto, no existen ‘bases empíricas’ del conocimiento sin interpretación, libres de teoría. Las teorías rigen tanto la elección de los datos relevantes como las experiencias de observación por las cuales los hechos se perciben y registran. Las observaciones son ellas mismas ‘siempre interpretaciones de los hechos observados’; son ‘interpretaciones a la luz de teorías’ [Popper]. Cuando no se formulan explícitamente las teorías pasan inadvertidas, disfrazadas como términos de observación y descripciones empíricas, ‘caballos troyanos que deben ser vigilados con mayor cuidado’ [Feyerabend]” (p. 42).

²⁷ El gran precursor de la crítica contra el historicismo de corte inductivista fue Karl Popper. Afirmaba: “Nuestras experiencias de observación nunca están más allá de su contrastación; están impregnadas de teorías”. “Es por medio de nuestras teorías que aprendemos a observar, esto es, a plantear preguntas que conducen a observaciones y a sus interpretaciones” (el énfasis es del original, citado en Aya, 1979, p. 81).

sofisticada nunca es tan sólo la expresión de una perspectiva. Cuanto más sofisticada es una teoría, más refleja y trasciende su propia perspectiva; pero la perspectiva inicial siempre está contenida en una teoría y es relevante para su explicación. De acuerdo con eso, no hay algo así como una teoría en sí misma, divorciada de una perspectiva espacial y temporal. Cuando alguna teoría se representa a sí misma de esa manera, lo más importante es examinarla como ideología, y dejar desnuda su perspectiva encubierta. (p. 124)

Es decir, toda teoría es un *punto de vista* sobre algo. No es neutra ni aséptica. En palabras de Biersteker (1993): “La teoría está limitada por el contexto y surge consciente o inconscientemente al servicio de (o dirigida por) intereses particulares... Se construye socialmente y los investigadores y sus herramientas intelectuales son parte del contexto social de sus investigaciones y resultados. Un reconocimiento consciente y reflexivo de esta interrelación es importante para la búsqueda de independencia y objetividad académica” (p. 8).

Por supuesto, lo dicho supone la inviabilidad de la pretensión de objetividad (ingenua) en las ciencias, pues estas no son neutras ni objetivas dado que, como actos humanos, presuponen algún tipo de valoración, como ha mostrado con notable acierto Putnam (2002).²⁸ Al respecto, se ha teorizado sobre la selección de teorías. Otto Neurath, por ejemplo, distinguía entre “dominio de determinación” –el nivel en que la evidencia empírica contribuye a la selección de una teoría– y el “dominio de subdeterminación” –el nivel en el que los factores sociales y políticos contribuyen a la selección de la teoría–. Otros autores como Longino (1990) y Fuller (2002) han “tratado de mostrar no sólo que las ciencias presuponen valores epistémicos sino que, de manera más general, la epistemología está en quiebra *sin* tal presuposición” (Angelides, 2004, p. 406, la cursiva es del original). No es posible, entonces, hacer historiografía atórica ni socialmente neutra.

Kiser y Hechter (1991, 1998) defienden el uso de teorías generales en el análisis histórico. Afirman que una teoría general guía la selección de los hechos, provee una fuente de mecanismos causales generalizables, facilita la acumulación de conocimiento a través de dominios sustantivos, revela anomalías que conducen a nuevas preguntas y crea las condiciones bajo las cuales las teorías existentes pueden ser sustituidas por otras superiores. Kiser y Hechter consideran que el método

²⁸ Angelides (2004), refiriéndose a Putnam, afirma: “él intenta mostrar no solo que las prácticas de las ciencias presuponen prácticas normativas y juicios, sino además que tal objetividad no se puede separar de tales prácticas... El discurso de la objetividad... es desde su punto de vista, mera fantasía” (p. 406). Según Putnam (2002) la distinción entre hechos y valores y su elevación a dicotomía metafísica, como a menudo ocurre en el ámbito de la economía, puede llevar a decisiones políticas desastrosas. En sentido similar afirma Cox (1996): “El término ‘objetividad’ tiene poco significado para mí en sus implicaciones positivistas de separación de sujeto y objeto de investigación, de hecho y valor” (p. xi); Cox propone en cambio los conceptos de “*personal involvement*” y “*detached observation*”.

inductivo es insuficiente en la investigación histórica comparativa para establecer relaciones causales: se requiere de teoría adicional para guiar la elección apropiada de casos y de los factores a incluir en los modelos. Un mecanismo causal va más allá de la constatación de una relación causal entre variables y pretende tener un valor explicativo acerca de por qué ocurre dicha relación, con consecuencias empíricas que pueden ser sometidas a comprobación. Esto evita privilegiar la narración sobre la explicación, como ocurre cuando a falta de causas examinadas a un macronivel²⁹ se opta por la acumulación de datos³⁰ en una narrativa congruente. Para Kiser y Hechter las causas y los mecanismos causales, al no poder ser observables directamente, deben ser derivados de la teoría; para algunos historiadores, en cambio, el *análisis causal* es (o es sustituido por) la *descripción*. Se trata de dos conceptos diferentes de causalidad en el análisis histórico.³¹

Lo más adecuado es una combinación, no excluyente³², de métodos inductivos y deductivos en la investigación histórica, así como el acercamiento de las disciplinas de las ciencias sociales y la

²⁹ “La metodología de los historiadores da énfasis a la precisión y completitud descriptiva de las narraciones acerca de eventos particulares. Puesto que los eventos que buscan describir y explicar son a la vez únicos y complejos, los historiadores se ven compelidos a tolerar un cierto grado de licencia metodológica. Están preparados para emplear conceptualizaciones vagas y a menudo recurren a metodologías poco rigurosas. En lugar de confiar en explicaciones necesarias, los historiadores están dispuestos a utilizar las suficientes, en las cuales un evento se toma como un resultado natural de una secuencia. La estructura de sus argumentos, por tanto, tiende a no ser implicativa (que supone una lógica deductiva), sino conjuntiva (que supone el uso de una narrativa coherente)” (Kiser y Hechter, 1991, p. 2).

³⁰ Son interesantes al respecto estas palabras de Popper: “Pero yo podría ir aún más lejos y acusar al menos a algunos historiadores profesionales de ‘cientificismo’: de tratar de copiar el método de las ciencias naturales, *no como en realidad es*, sino como se supone erróneamente que es. Este supuesto –pero inexistente– método consiste en la recolección de observaciones y luego ‘sacar conclusiones’ a partir de ellas. Ha sido imitado servilmente por algunos historiadores quienes creen que pueden recolectar información documental, la cual, tomada como equivalente a las observaciones de las ciencias naturales, forma la ‘base empírica’ de sus conclusiones” (Popper, citado en Aya, 1979, p. 81; el énfasis es del original).

³¹ “Centrarse en la acción y en los eventos entonces significa pensar el mundo social narrativamente y generalizar no en términos de ‘causas’ sino en términos narrativos” (Abbott, 1991, pp. 227-228).

³² Véase por ejemplo la opinión de Goodrich (1976), que aunque se refiere al estudio de las organizaciones internacionales, bien puede generalizarse a actividad de las diversas ciencias sociales: “El énfasis reciente en el uso del método científico en el estudio de las organizaciones internacionales se ha visto acompañado del desacuerdo acerca del papel y de la utilidad de los métodos inductivo y deductivo. Parece un error considerarlos como métodos de estudio mutuamente excluyentes e incompatibles. De hecho, el método deductivo es útil en la formulación de hipótesis a contrastar, mientras el método inductivo es esencial para su contrastación. Confiar solo en el método deductivo puede producir resultados no muy distintos de los que se obtienen con el enfoque orientado al valor [*value-oriented approach*]. La confianza exclusiva en el método inductivo es útil en la formulación de hipótesis no triviales que luego se contrastan, pero también supone el riesgo de producir datos solo por producirlos (como un objetivo en sí mismo), con un gasto de esfuerzo desproporcionado en relación con la posible producción de conocimiento significativo... Estos modelos [los deductivos] aun cuando son simplificaciones de la realidad actual, se diseñan para facilitar la comparación con el mundo real, ordenar los datos con sentido y construir teoría en el macronivel. En consecuencia, están destinados principalmente a proveer un marco útil para el análisis y no a ser, por sí mismos, modelos del mundo en que vivimos. Como marcos de análisis estos sistemas son particularmente útiles en el estudio de las organizaciones internacionales como totalidades.

eventual superación del paradigma disciplinario actual –creado desde finales del siglo XIX, que dio origen a la división tripartita de economía, ciencias políticas y sociología (división basada en la parcelación de la realidad en mercado, estado y sociedad) y a la división temporal pasado-presente, de la cual resultó la disciplina de la historia (Gulbenkian Commission, 1996)–. Un nuevo paradigma y una nueva forma de plantear los problemas pueden ser de mucha utilidad para el avance del conocimiento de los fenómenos sociales y para la *constante autorrenovación de la sociedad*, como proponía Jantsch (1972).

El cambio de los modelos de pensamiento es requerido por la situación actual de cambio histórico. Lo cognitivo y lo normativo no deben concebirse como mutuamente excluyentes en las tareas del erudito. Por lo demás, tal recíproca exclusión es imposible. En esa línea, Wallerstein (2005) afirma:

Mi razonamiento parte de la idea de que en todo análisis continúa existiendo un vínculo íntimo entre lo intelectual, lo moral y lo político. Para decirlo en términos sencillos, defino la acción racional como aquella por la cual se intenta ofrecer una explicación óptima de lo que ocurre, se introducen preferencias morales y se decide, en función de estas dos consideraciones, cuáles son los esfuerzos políticos más eficaces para construir un mundo mejor. (p. 9)

Un instrumento heurístico debe valorarse no sólo como tal sino también por las consecuencias prácticas que de su aplicación se derivan, lo que impone una dimensión ética y política a la labor intelectual³³. A este respecto se propone a continuación el concepto de *proceso histórico*, como ha sido concebido por Robert W. Cox y que podría ser un marco de referencia para el estudio de la historia ambiental. Partiendo de Gramsci, Cox (1996) denomina a su perspectiva teórica *historical dialectic* (dialéctica histórica) y reconoce sobre sus ideas la influencia de Maquiavelo, Vico, Sorel y especialmente Gramsci. También ha recibido influencia de algunos historiadores marxistas británicos del siglo XX (entre ellos Hobsbawm) y de Braudel y la escuela francesa de los *Annales*. Reconoce, asimismo, puntos de contacto con autores como E. H. Carr,

El método inductivo invierte el procedimiento del método deductivo y procede de lo particular a lo general; o mejor aún, intenta construir generalizaciones significativas o teorías sobre la base de uniformidades que se establecen como resultado del examen de un amplio número de casos específicos. Pero, como se ha apuntado, con el método inductivo se corre el riesgo de una recolección de datos innecesaria y sin valor, a no ser que se enfoque hacia hipótesis cuidadosamente formuladas que ayudan a determinar el tipo y rango de datos que tienen valor a los efectos de su contrastación. Como ya se expresó, la formulación de hipótesis puede, de hecho, como a menudo ocurre, suponer el uso del método deductivo” (pp. 16-17).

³³ Wallerstein, por ejemplo, recuerda que Myrdal daba énfasis en sus escritos a lo que llamaba “valor en la teoría social” y se rehusaba a segregarse la tarea moral del análisis intelectual (2007b, p. 380).

Friedrich Meinecke, Ludwig Dehio y Karl Polanyi. Sin embargo, la mayor influencia la ha recibido de Marx, pues se declara materialista histórico, pero rechaza el marxismo estructural de Althusser y Poulantzas, al que acusa de mantener una epistemología esencialista y ahistórica. Siguiendo a Gramsci, también rechaza el economismo histórico (determinista, mecanicista) que reduce todo a los intereses tecnológicos y materiales; Cox, al igual que Gramsci, afirma así la eficacia de las fuentes éticas y culturales de acción política, aunque siempre relacionándolas con la esfera económica (relación recíproca entre estructura y superestructura).

Sostiene Cox que toda sociedad se conforma según una específica *estructura histórica* (equivalente a la noción de *bloque histórico* de Gramsci), la cual es una configuración de tres categorías de fuerzas: *capacidades materiales, ideas e instituciones*, que se relacionan y afectan recíprocamente.

Cox define los elementos de la estructura histórica de la siguiente forma:

- Capacidades materiales: “son potenciales productivos y destructivos. En su forma dinámica, existen como capacidades tecnológicas y organizativas, y en sus formas acumuladas como recursos naturales que la tecnología puede transformar, existencias de equipos (por ejemplo, industrias y armamentos) y la riqueza que puede organizar tales recursos.” (Cox, 1981, p. 136).
- Ideas: son modelos de pensamiento, de dos clases. “Una consiste en pensamientos intersubjetivos, o en aquellas nociones compartidas de la naturaleza de las relaciones sociales que tienden a perpetuar hábitos y expectativas de conducta... Esas nociones, si bien se mantienen a lo largo de prolongados períodos, están condicionadas históricamente. [Pone como ejemplo la idea de que la gente es organizada y dirigida por Estados que tienen autoridad sobre territorios definidos y afirma:] Las realidades de la política mundial no siempre han sido representadas precisamente de esta manera y pueden no serlo en el futuro. Es posible diseñar los orígenes de tales ideas y también detectar signos de debilitamiento de algunas de ellas.

La otra clase de ideas relevantes para una estructura histórica son las imágenes colectivas del orden social que tienen diferentes grupos. Son diferentes perspectivas, tanto respecto a la naturaleza y la legitimidad de las relaciones de poder prevalecientes, como a los pensamientos de justicia y bien público, entre otras. Si bien los pensamientos intersubjetivos habitualmente son comunes en una estructura histórica particular y constituyen el suelo común del discurso social (incluido el conflicto), las imágenes

colectivas pueden ser diversas y opuestas. La colisión de imágenes colectivas rivales proporciona evidencia sobre la posibilidad de formas alternativas de desarrollo y plantea cuestiones tales como la posible base material e institucional para que emerja una estructura alternativa.” (Cox, 1993, pp. 143-144)

- Instituciones: “La institucionalización es un medio de estabilizar y perpetuar un orden particular. Las instituciones reflejan las relaciones de poder prevaletentes en su punto de origen y tienden, al menos inicialmente, a apoyar imágenes colectivas consistentes con esas relaciones de poder. Eventualmente, las instituciones asumen su propia vida; ellas pueden convertirse en un campo de tendencias opuestas o las instituciones rivales pueden reflejar diferentes tendencias. Las instituciones son particulares amalgamas de ideas y poder material que, a su vez, influyen el desarrollo de ideas y capacidades materiales.” (Cox, 1993, p. 144)

Los tres tipos de fuerzas interactúan en una estructura y no es posible establecer *a priori* cómo se desarrollarán sus relaciones: “Ningún determinismo de un solo camino necesita ser asumido entre esas tres categorías; las relaciones pueden ser asumidas de manera recíproca. La determinación de qué caminos seguirán las líneas de fuerza es siempre una cuestión histórica que debe ser respondida por un estudio de caso particular” (Cox, 1993, p. 142). Las tres series de fuerza “constituyen un instrumento heurístico, no categorías con una jerarquía predeterminada de relaciones” (Cox, 1993, p. 147). Una estructura histórica puede representarse, además, en tres niveles o esferas de actividad: las *fuerzas sociales* (generadas por los procesos de producción), las *formas de Estado* (que se derivan del complejo sociedad-Estado) y los *órdenes mundiales* – configuraciones particulares de fuerzas que sucesivamente definen la problemática de guerra y de paz para el conjunto de los Estados– (Cox, 1993, p. 147).

Tal representación puede hacerse de forma separada o bien, de forma interrelacionada –en la que, afectándose recíprocamente, cada nivel contiene a los demás a la vez que recibe el impacto de los otros– para conformar una representación más completa del *proceso histórico* (Cox, 1996, pp. 148-149). Cualquiera de los tres niveles: fuerzas sociales, formas de Estado u órdenes mundiales, se puede adoptar “como punto de partida y utilizar los otros niveles para explicar el proceso histórico” (Cox, 1993, p. 149). Esto es así pues “la relación entre los tres niveles no es, sin embargo, simplemente unilineal” (Cox, 1993, p. 148). De modo que la relación es recíproca tanto entre los componentes (fuerzas) de la estructura histórica como entre los niveles o esferas de acción.

Para Cox, la configuración de fuerzas que constituyen una estructura histórica no determinan la acción de manera directa o mecanicista, pero imponen presiones y restricciones dentro de las que los grupos e individuos pueden moverse o bien, pueden resistir pero no ignorar; en la medida que resisten con éxito una estructura histórica, sus acciones refuerzan una configuración de fuerzas emergente alternativa, esto es, una estructura rival (Cox, 1993, p. 141-142). En consecuencia, cada nivel puede estudiarse como una sucesión de estructuras rivales dominantes y emergentes (Cox, 1993, p. 147).

Una categoría de relevancia en lo que Cox denomina “el programa de investigación del historicismo³⁴” (1993, p. 189) –es decir, su propio programa–, es el concepto de hegemonía –que adopta y adapta de Gramsci–. La hegemonía prevalece cuando el aspecto consensual del poder es el más visible; si bien la coerción siempre está presente, su aplicación se limita a casos excepcionales³⁵.

Las instituciones se relacionan muy estrechamente con la hegemonía pues proveen maneras de enfrentar los conflictos y minimizar el uso de la fuerza. “Las instituciones deben convertirse en el ancla de tal estrategia hegemónica, desde que ellas tienden a la representación de diversos intereses y a la universalización de la política” (Cox, 1993, pp. 145-146). Sin embargo, la hegemonía no se reduce a la dimensión institucional, advierte Cox, pues no deben perderse de vista los cambios en las relaciones de fuerzas materiales ni los desafíos ideológicos que pueden presentarse a un antiguo orden prevaleciente. Además, puede producirse un desfase entre las instituciones y otros aspectos de la realidad y su eficacia como medio en la regulación de conflictos, lo que afectaría su función hegemónica. Las instituciones “pueden ser una expresión de la hegemonía pero no pueden tomarse como idénticas a ella” (Cox, 1981, p. 137).

El enfoque teórico de Cox permite superar el nacionalismo metodológico a la vez que permite la superación de los sesgos del determinismo económico, propio del marxismo ortodoxo. El proceso histórico es visto así como un proceso complejo que se produce en el nivel mundial tanto como en el local y translocal de manera dialéctica. Permite recuperar la dimensión no estatal y a los actores individuales y colectivos no estatales –que operan a niveles locales o translocales– que en enfoques propios del nacionalismo metodológico quedan excluidos. De esa manera habilita una mayor amplitud en la elección de las escalas y los actores históricos.

³⁴ No debe confundirse con el *historicismo* que criticaba Popper.

³⁵ Wallerstein (2005) lo expresa de una forma muy directa: “¿Qué significa ser una potencia hegemónica? Significa que generalmente uno define las reglas del juego geopolítico y se sale con la suya casi siempre, simplemente mediante la presión política, sin tener que recurrir al uso de la fuerza activa” (p. 14).

Cox explica la estabilidad relativa de los órdenes mundiales sucesivos al equiparar:

estabilidad con un concepto de hegemonía que se basa en una conjunción coherente o que encaja con una configuración de poder material, la imagen colectiva prevaleciente del orden mundial (incluidas ciertas normas) y una serie de instituciones que administran el orden con una cierta apariencia de universalidad (es decir, no exactamente como el instrumento directo de la dominación de un Estado particular). En esta formulación, el poder del Estado deja de ser el único factor de explicación y forma parte de lo que debe ser explicado. (Cox, 1993, p. 151-152)

Por otra parte las fuerzas sociales no quedan limitadas al compartimento estanco del estado-nación:

Las fuerzas sociales no deben ser pensadas como existentes exclusivamente dentro de los Estados. Ciertas fuerzas sociales particulares pueden desbordar los límites de los Estados, y las estructuras mundiales pueden ser descritas en términos de fuerzas sociales, así como también como configuraciones de poder del Estado. El mundo puede ser representado como un modelo de fuerzas sociales en interacción, en el cual los Estados desempeñan un papel intermedio, si bien autónomo, entre la estructura global de las fuerzas sociales y las configuraciones locales de las fuerzas sociales en países determinados. (Cox, 1993, p. 156)

De esta manera es posible pensar la historia ambiental en un marco amplio, que contempla capacidades materiales, ideas e instituciones en interacción, desde una dimensión multiescalar de fuerzas sociales, formas de Estado y orden mundial, que también interactúan y se contienen recíprocamente. El ambiente (visto como recursos naturales) forma parte de las capacidades materiales, pero recibe influjo de las otras fuerzas: ideas e instituciones. A la vez, el análisis histórico ambiental puede llevarse a cualquiera de las tres esferas de actividad, o a todas ellas de forma interrelacionada. De esta manera se obtiene un amplio panorama del ambiente en el proceso histórico.

El método de las estructuras históricas, propuesto por Cox, podría llenar un vacío en el estudio de la historia ambiental. “Se está aún a la espera de una síntesis de teoría e historia para el estudio de los cambios socio-ecológicos de gran escala que ocurren en el largo plazo” (Moore, 2003, p. 308). El origen del sistema capitalista puede ilustrar el papel del ambiente, como factor histórico, desde una perspectiva estructural. Nos referimos específicamente a la obra de

Wallerstein³⁶. Si seguimos el argumento de Moore, en el centro de la teoría del sistema-mundo de Wallerstein se encuentran asuntos ecológicos³⁷:

El análisis de Wallerstein de la crisis del feudalismo y el surgimiento del capitalismo gira sobre factores socio-ecológicos, lo que incluye agotamiento de los suelos y su relación con el monocultivo y el destino biológico de sus productores directos, la erosión del suelo por excesivo pastoreo, la elección agronómica y las trayectorias de las civilizaciones china y europea, la epidemiología y su relación con la introducción de ganado europeo en las Américas, cambio climático, deforestación y escasez de madera, y la relación de los regímenes dietarios con el desarrollo capitalista. (Moore, 2003, p. 308)

En el origen del mundo moderno, desde esta perspectiva, se encuentran diversas relaciones de capital, clase y naturaleza. Wallerstein liga las contradicciones agroecológicas del feudalismo a la emergencia del capitalismo, el cual a su vez fue el agente de nuevas transformaciones ecológicas de gran alcance. La formación de un mercado mundial configuró y fue configurado a su vez por patrones regionales de conflictos de clase, procesos de formación del Estado y modos relacionados de producción agrícola (los que habían sufrido serias transformaciones debido a que el feudalismo había alcanzado sus límites agroecológicos). En un primer momento áreas anteriormente aisladas y poco articuladas de Europa se sometieron a una única división del trabajo y las relaciones socioecológicas quedaron subordinadas a las tendencias homogeneizadoras de la producción de mercancías para un mercado mundial competitivo. Esto llevó a un proceso de expansión geográfica –corolario de la incesante acumulación de capital– que reforzó la posición de los Estados territoriales y sus imperios y produjo un proceso de divergencia global entre el centro y la periferia, primero entre Europa occidental y Europa del este y luego entre aquella y las Américas. El surgimiento del capitalismo de esta manera supuso –y en nuestro criterio, sigue suponiendo– una radical reconfiguración de la ecología mundial, especialmente en las periferias.

³⁶ La propuesta teórica de Wallerstein tiene muchos puntos en común con la de Cox, aun cuando este aclara que ha intentado “diseñar un método para comprender las relaciones globales de poder: observar el problema del orden mundial en su globalidad, pero evitar reducirlo a un sistema mundial” (1993, p. 123). Prefiere utilizar el concepto de “orden mundial” y no el de “sistema interestatal” pues es relevante para todos los periodos históricos y no únicamente en los que los Estados han sido las entidades componentes. También prefiere “orden mundial” en vez de “sistema-mundo” pues considera que *sistema* alude a un equilibrio y por lo tanto incurre en un sesgo de mantenimiento. *Orden mundial* “es más indicativo de una estructura que tiene sólo una cierta duración en el tiempo y supera las connotaciones de equilibrio de ‘sistema’. Mundo designa una totalidad relevante, limitada geográficamente por la gama de probables interacciones (algunos ‘mundos’ del pasado estaban limitados al Mediterráneo, a Europa, a China, etc.)... Un sistema interestatal es una forma histórica del orden mundial” (1993, p. 123).

³⁷ Proceso ampliamente expuesto en Wallerstein (1984). Para un resumen de la crisis del feudalismo y el surgimiento del capitalismo véase Wallerstein (2004b, pp. 64-67).

El proceso de surgimiento y consolidación del capitalismo hizo posible y fue posibilitado por una transformación ambiental radical y de grandes alcances, pues la expansión geográfica respondía a la búsqueda incesante de suministros no mercantilizados de tierra y trabajo. Así, las transformaciones locales entraron en una relación dialéctica con las transformaciones globales. “Las transformaciones ‘locales’ precipitadas por estas fronteras no fueron simplemente *consecuencias* de la expansión europea, fueron en igual medida constitutivas de tal expansión, condición y consecuencia a la vez” (Moore, 2003, p. 309). Wallerstein utiliza la dialéctica local-global de modo que explicita una tensión entre las escalas en vez de un simplista determinismo global.

Esto confirma el papel central de los procesos ambientales en la configuración de las capacidades productivas y de las fuerzas sociales, que en interacción con las otras fuerzas (ideas, instituciones) y en los diferentes niveles o esferas de actividad (formas de Estado, órdenes mundiales), dan contenido al proceso histórico. Y, en consecuencia, hace patente la conveniencia de adoptar una perspectiva estructural (no determinista, que supere el dualismo *structure-agency*) en el análisis histórico de las variables y dimensiones ambientales y la incorporación de lo local y lo global en una relación dialéctica, de mutua implicación.

Esa tarea supone la superación del nacionalismo metodológico y la adopción de marcos teóricos y metodológicos amplios, como el propuesto por Cox³⁸ o el utilizado por Wallerstein³⁹, en los que lo ambiental no queda aislado de los otros ámbitos de la realidad ni apresado en la caja del hierro del estado-nación⁴⁰. Supone también la construcción transdisciplinaria de la historia ambiental con una perspectiva de largo plazo y la comprensión de lo local y lo regional en sus complejas relaciones con lo global. La coyuntura actual –de *crisis civilizatoria* (Herrero Suárez, 2006) o de preludio de un *colapso*, (Diamond, 2006) ofrece una excelente oportunidad para asumir ese reto.

Conclusión

La década de 1970 supuso un cambio radical, que aún hoy se está experimentando en el orden mundial y que supone la transición hacia una fase de la historia que requiere nuevas formas de abordar el estudio de la realidad. Si bien no se sabe con certeza la forma que tendrá el mundo en

³⁸ Es cierto que Cox ha recibido críticas por no haber dedicado suficiente atención al tema ambiental en su trabajo empírico, pero ello no resta mérito ni utilidad a su método. Véase al respecto Schechter (2002).

³⁹ Un buen ejemplo de historia ambiental basada en la perspectiva del *sistema-mundo* es la obra editada por Hornborg, McNeill & Martínez Alier (2007) en el que incluso participa el mismo Wallerstein (es autor del capítulo 20, pp. 379-389).

⁴⁰ La teoría de la regulación es otra opción interesante, siempre y cuando se amplíe para no incurrir en estadocentrismo.

el futuro, sí es claro que se deben adoptar patrones económicos-sociales-políticos que permitan la preservación del ambiente como requisito de la supervivencia de la especie humana.

La nueva realidad también supone cambiar los modelos de pensamiento que respondían a las condiciones históricas de los siglos XIX y XX y crear nuevas metateorías, teorías, metodologías y conceptos que permitan afrontar desde las ciencias el reto de generar una humanidad no solo que sobreviva, sino que sea más igualitaria y justa. Es cierto que *igualdad* y *justicia* están entre los conceptos más polisémicos, pero es parte de las tareas pendientes encontrarles significados intersubjetivos que apunten a una mayor convivencia entre individuos, grupos y sociedades.

En este contexto, la superación del nacionalismo metodológico, entre otras rémoras epistemológicas heredadas, y la adopción de enfoques estructurales y holísticos, puede ser de utilidad en los cometidos de los intelectuales que deseen aportar ideas y acciones a la planificación de sociedades más justas e igualitarias. En este sentido, entender la historia de la relación entre humanidad-naturaleza –de una manera no dualista– supone un compromiso teórico y metodológico, a la vez que ético. Tanto el método de las estructuras históricas propuesto por Cox, como la perspectiva de los sistemas-mundo, desarrollada por Wallerstein y otros autores, pueden coadyuvar a superar los mitos organizacionales y epistemológicos recibidos y que en gran medida hoy son anacronismos.

Referencias bibliográficas

Abbott, A. (1991). History and Sociology: The Lost Synthesis. *Social Science History*, 15 (2), 201-238.

Altvater, E. (1998). La ecología del nuevo orden mundial. *Desarrollo Económico*, 38 (150), 627-642.

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Angelides, A. (2004). The Last Collapse? An Essay Review of Hilary Putnam's "The Collapse of the Fact/Value Dichotomy and Other Essays". *Philosophy of Science*, 71 (3), 402-411.

Arrighi, G. (2002). *The Long Twentieth Century: Money, Power and the origins of Our Times*. Londres y Nueva York: Verso.

Aya, R. (1979). Theories of Revolution Reconsidered: Contrasting Models of Collective Violence. *Theory and Society*, 8 (1), 39-99.

Beck, U. (2004). *Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial*. Barcelona: Paidós.

Berger, M. T. (2001). The Nation-State and the Challenge of Global Capitalism. *Third World Quarterly*, 22 (6), 889-907.

Biersteker, T. J. (1993). Evolving Perspectives on International Political Economy: Twentieth-Century Contexts and Discontinuities. *International Political Science Review*, 14 (1), 7-33.

Brenner, N. (1999). Beyond State-Centrism? Space, Territoriality, and Geographical Scale in Globalization Studies. *Theory and Society*, 28 (1), 39-78.

Castro-Gómez, S. & Mendieta, E. (Eds.). (1998). *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. San Francisco y México D.F.: University of San Francisco y Miguel Ángel Porrúa.

CEPAL (2002). *Globalización y desarrollo*. Brasilia: autor.

Charle, Ch., Schriewer, J. & Wagner, P. (2004). Editors' Preface. En Ch. Charle, J. Schriewer y P. Wagner (Eds.). *Transnational Intellectual Networks. Forms of Academic Knowledge and the Search for Cultural Identities* (pp. 9-14). Frankfurt del Main: Campus.

Chase-Dunn, C., Jorgenson, A. K., Reifer, T. E. & Lio, S. (2005). The Trajectory of the United States in the World-System: A Quantitative Reflection. *Sociological Perspectives*, 48 (2), 233-254.

Chaves Márquez, J. E. (2003). Cuentas nacionales y su núcleo conceptual. Elementos para una crítica al documento SNA-1993 de la ONU. *Tendencias*, 4 (1), 49-88.

Chernilo, D. (2006). Social Theory's Methodological Nationalism. Myth and Reality. *European Journal of Social Theory*, 9 (1), 5-22.

Chung, J. & Kirkby, R. J. R. (2002). *The Political Economy of Development and Environment in Korea*. Londres y Nueva York: Routledge.

Cobb, C., Halstead, T. & Rowe, J. (1995, octubre). If the GDP is Up, Why is America Down? The Atlantic Monthly (edición digital). Disponible en <http://www.theatlantic.com/past/politics/ecbig/gdp.htm>

Córdova Vianello, L. (1996). Liberalismo, democracia, neoliberalismo e ingobernabilidad. *Revista Mexicana de Sociología*, 58 (4), 3-35.

Cox, R. W. (1981). Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory. *Millennium: Journal of International Studies*, 10 (2), 126-155.

Cox, R. W. (1993). Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: Más allá de la teoría de la Relaciones Internacionales. En Abelardo Morales (Ed.). *El poder y el orden mundial* (119-196). San José: FLACSO.

Cox, R. W. (1996). *Approaches to World Order*. Cambridge, NY: Cambridge University Press.

Denemark, R. A. (1999). World System History: From Traditional International Politics to the Study of Global Relations. *International Studies Review*, 1 (2) 43-75.

Diamond, J. (2006). *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Barcelona: Debate.

Fiss, P. C. & Hirsch, P. M. (2005). The Discourse of Globalization: Framing and Sensemaking of an Emerging Concept. *American Sociological Review*, 70 (1), 29-52.

Fuller, S. (2002). *Social Epistemology*. Bloomington: Indiana University Press.

Goodrich, L. M. (1976). Approaches to the Study of International Organisation. En A. Shlaim (Ed.). *International Organisations in World Politics. Yearbok, 1975* (pp. 1-25). Londres: Croom Helm.

Green, A. (1997). *Education, Globalization and the Nation State*. Londres: Mcmillan.

Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences (1996). *Open the Social Sciences: Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences*. Stanford, California: Stanford University Press.

Haber, D. L. (1990). The Death of Hegemony: Why "Pax Nipponica" Is Impossible. *Asian Survey*, 30 (9), 892-907.

Halperin, S. (2007). Re-Envisioning Global Development: Conceptual and Methodological Issues. *Globalizations*, 4 (4), 543-558.

Halperin, S. (2002, diciembre). The Eternal Return: Imperialism and "Globalisation" Reconsidered. Documento presentado en el taller *Exploring Imperium: History, Theory, Practice, A Workshop in International Relations*, auspiciado por el Centre for Global Political Economy, Universidad de Sussex, Inglaterra. Disponible en <http://www.theglobalsite.ac.uk/press/212halperin.htm>

Hamuy, E. (1966). Consideraciones sociológicas en torno a la reforma agraria en Latinoamérica. *Revista Mexicana de Sociología*, 28 (3), 677-692.

Herrero Suárez, H. (2006). Los paradigmas de la sostenibilidad. ¿Hacia una revolución ética y solidaria? En C. Wulf & B. Newton (Eds.). *Desarrollo sostenible* (pp. 17-35). Münster: Waxmann Verlag.

Hirshberg, M. S. (1993). *Perpetuating Patriotic Perceptions. The Cognitive Functions of the Cold War*. Wesport, CT/Londres: Praeger.

Hornborg, A., McNeill, J. R. & Martínez Alier, J. (2007). *Rethinking Environmental History: World-System History and Global Environmental Change*. Plymouth, UK: AltaMira Press.

Jantsch, E. (1972). Inter- and Transdisciplinary University: A Systems Approach to Education and Innovation. *Higher Education*, 1 (1), 7-37.

Kiser, E. & Hechter, M. (1991). The Role of General Theory in Comparative in Comparative-Historical Sociology. *The American Journal of Sociology*, 97 (1), 1-30.

Kiser, E. & Hechter, M. (1998). The Debate on Historical Sociology: Rational Choice Theory and Its Critics. *The American Journal of Sociology*, 104 (3), 785-816.

Koopmans, R. & Statham, P. (1999). Challenging the Liberal Nation-State? Postnationalism, Multiculturalism, and the Collective Claims Making of Migrants and Ethnic Minorities in Britain and Germany. *The American Journal of Sociology*, 105 (3), 652-696.

Kupchan, Ch. A. (1998). After Pax Americana: Benign Power, Regional Integration, and the Sources of a Stable Multipolarity. *International Security*, 23 (2), 40-79.

Kupchan, Ch. A. (2002). *The End of the American Era: U.S. Foreign Policy and the Geopolitics of the Twenty-first Century*. Nueva York: Alfred A. Knopf.

Kupchan, Ch. A. (2003). The Rise of Europe, America's Changing Internationalism, and the End of U.S. Primacy. *Political Science Quarterly*, 118 (2), 205-231.

Llopis Goig, R. (2007a). Desnacionalización y orientación global. La apertura de la sociología. *Espacio abierto*, 16 (2), 197-208.

Llopis Goig, R. (2007b). El "nacionalismo metodológico" como obstáculo en la investigación sociológica sobre migraciones internacionales. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, (13), 101-117.

Lofdahl, C. L. (1998). On the Environmental Externalities of Global Trade. *International Political Science Review*, 19 (4), 339-355.

Longino, S. (1990). *Science as Social Knowledge*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Lorenz, C. (1999). Comparative Historiography: Problems and Perspectives. *History and Theory*, 38 (1), 25-39.

Loveman, M. (2005). The Modern State and the Primitive Accumulation of Symbolic Power. *American Journal of Sociology*, 110 (6), 1651-1683.

Makki, F. (2004). The Empire of Capital and the Remaking of Centre-Periphery Relations. *Third World Quarterly*, 25 (1), 149-168.

Marshall, B. K. (1999). Globalization, Environmental Degradation and Ulrich Beck's Risk Society. *Environmental Values*, 8 (2), 253-275.

McMichael, P. (1998). Reconsiderar la globalización. Otra vez la cuestión agraria. *Revista Mexicana de Sociología*, 60 (4), 3-37.

McMichael, P. (2000). World-Systems Analysis, Globalization, and Incorporated Comparison. *Journal of World-Systems Research*, 6 (3), 68-99.

Moore, J. W. (2003). "The Modern World-System" as Environmental History? Ecology and the Rise of Capitalism. *Theory and Society*, 32 (3), 307-377.

- Robinson, W. I. (2001). Social Theory and Globalization: The Rise of a Transnational State. *Theory and Society*, 30 (2), 157-200.
- Rosenberg, J. (2000). *The Follies of Globalisation Theory*. Londres: Verso.
- Rustow, D. A. (1967). *A World of Nations. Problems of Political Modernization*. Washington D. C.: Brookings Institution.
- Sachs, W. (1992). Environment. En W. Sachs (Ed.). *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power* (pp. 26-52). Londres y Nueva York: Zed Books.
- Sagoff, M. (1994). Four Dogmas of Environmental Economics. *Environmental Values*, 3 (4), 285-310.
- Sassen, S. (2007). *Una sociología de la globalización*. Buenos Aires: Katz.
- Schlosberg, J. (2004). *La crítica posoccidental y la modernidad*. Quito: Abya Yala.
- Schechter, M. G. (2002). Critiques of Coxian Theory: Background to a Conversation. En R. W. Cox y M. G. Schechter. *The Political Economy of a Plural World. Critical Reflections on Power, Morals and Civilization* (pp. 1-25). Nueva York y Londres: Routledge.
- Selzer, M. (1971). Nation Building and State Building: The Israeli Example. *Phylon*, 32 (1), 4-22.
- Smil, V. (2005). The Next 50 Years: Unfolding Trends. *Population and Development Review*, 31 (4), 605-643.
- Smith, N. (1984). *Uneven Development: Nature, Capital and the Production of Space*. Oxford: Blackwell.
- Smith, N. & O'Keefe, P. (1980). Geography, Marx and the Concept of Nature. *Antipode*, 12 (2), 30-39.
- Stokes, D. (2005). The Heart of Empire? Theorising US Empire in an Era of Transnational Capitalism. *Third World Quarterly*, 26 (2), 217-236.
- Strang, D. & Meyer, J. W. (1993). Institutional Conditions for Diffusion. *Theory and Society*, 22 (4), 487-511.
- Taylor, P. J. (2000). Embedded Statism and the Social Sciences 2: Geographies (and Metageographies) in Globalization. *Environment and Planning A*, 32, 1105-1114.
- Tausch, A. (2006, diciembre). K-Cycles, Centre-Periphery Structures, and Global Terrorism. A Quantitative Analysis. Documento presentado en la *Primera conferencia internacional "Historia y Matemáticas"*, Universidad Estatal Rusa para las Humanidades, Moscú, Rusia. Disponible en http://cloud2.gdnet.org/cms.php?id=research_paper_abstract&research_paper_id=11855

Wagner, P. (2004). Introduction to Part I. En Ch. Charle, J. Schriewer y P. Wagner (Eds.). *Transnational Intellectual Networks. Forms of Academic Knowledge and the Search for Cultural Identities* (pp. 17-25). Frankfurt del Main: Campus.

Wallerstein, I. (1984). *Moderno sistema mundial: La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. México D.F.: Siglo XXI.

Wallerstein, I. (1999). La imagen global y las posibilidades alternativas de la evolución del sistema-mundo, 1945-2025. *Revista Mexicana de Sociología*, 61 (2), 3-34.

Wallerstein, I. (2002a). The Eagle Has Crash Landed. *Foreign Policy*, (131), 60-68.

Wallerstein, I. (2002b). *Conocer el mundo, saber el mundo: El fin de lo aprendido: una ciencia social para el siglo XXI*. México: Siglo XXI.

Wallerstein, I. (2004a). *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI.

Wallerstein, I. (2004b). *Impensar las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.

Wallerstein, I. (2005). *Un mundo incierto*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Wallerstein, I. (2007a). *Geopolítica y geocultura: ensayos sobre el moderno sistema mundial*. Barcelona: Kairós.

Wallerstein, I. (2007b). The Ecology and the Economy: What is Rational? En A. Hornborg, J. R. McNeill & J. Martínez Alier (Eds.). *Rethinking Environmental History: World-System History and Global Environmental Change* (pp. 379-389). Plymouth, UK: AltaMira Press.

Weber, H. (2007). A Political Analysis of the Formal Comparative Method: Historicizing the Globalization and Development Debate. *Globalizations*, 4 (4), 559-572.

Wimmer, A. & Glick Schiller, N. (2002). Methodological Nationalism and Beyond: Nation-State Building, Migration and the Social Sciences. *Global Networks*, 2 (4), 301-334.